

«Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Si te gusta, vos le ponés el precio. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

Efectivo.

Banco: el alias es *jmguerrera1*

Paypal/Tarjeta: [paypal.me/jmguerrera](https://www.paypal.com/merchot/details?crid=JMGUERRERA1)

Mercado Pago: jmguerrera@gmail.com o mediante el siguiente código QR:

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

Libro del futuro

Juan Manuel Guerrero

A nosotros, los dueños del futuro.

Introducción

Este libro tiene nueve relatos cortos. Hasta aquí, las certezas.

Los relatos no los escribí, no al menos durante lo que considero mi vida, pero sí son de mi autoría. No me senté a componerlos, ni a corregirlos, ni a padecerlos, pero sí fui a buscarlos a una casa vieja del barrio de Almagro. Muchos considerarán insuficiente mi mérito como para afirmar lo que afirmo: que me pertenecen. “Si es que alguien puede tener algo”, acotaría la Ulrica de Borges.

¿Cómo es posible semejante situación? A pesar de mi escepticismo incurable, de mi adhesión pesadumbrosa a las luces de la razón, no tengo más remedio que dar crédito a la posibilidad de otro yo o de otras dimensiones. O del futuro. Quizás sea posible ser el autor de un futuro todavía abierto (pensemos en la elección de un destino), pero además el de uno que ya está escrito. O quizás todo sea más sencillo: otra persona trajo mi libro desde el futuro.

No vale la pena explayarme más sobre este tema, por haberlo hecho ya —me atrevo a decir que en exceso— en la primera historia del libro, *Libro del futuro*.

La verdad es que tampoco vale la pena explayarme mucho más sobre otros temas. El tiempo es demasiado escaso como para desperdiciarlo en palabras innecesarias. Y las páginas de este libro son cada día más caras en nuestra Argentina hiperdevaluada.

Y ya que hablamos de nuestra patria, unas últimas palabras: a no rendirse, mis amigos. El futuro es nuestro (así lo dice el *Libro del futuro*). Recuperaremos cada pepita de la esperanza que nos han robado. Lo haremos a fuerza de pensar con claridad, actuar con coraje y crear con libertad. Este libro es, ante todo, un aporte. Uno hecho de nueve humildes relatos que tal vez no sean más que una excusa para decir lo siguiente: el aporte verdaderamente importante es el que vos estás por hacer.

Libro del futuro

Siempre es más fácil jurar después, pero les juro que aquella madrugada el ambiente se había vuelto extraño. Y créanme también que yo lo había percibido. Volvía a casa caminando con mi amiga Lais. Acabábamos de cenar con Cathie, amiga también, pero además fuente francesa de inspiración. El departamento de Cathie estaba sobre la calle Sánchez de Bustamante, entre Humahuaca y Guardia Vieja. Le propuse a Lais volver por Humahuaca, a pesar de que el camino era más largo. Ella no se opuso, de hecho ni siquiera mencionó la supuesta inconveniencia. Los dos desestimábamos lo irrelevante y, en parte gracias a eso, nos llevábamos muy bien.

Podría mentir sobre las razones que me llevaron a querer volver por Humahuaca. Decir que confié en una intuición o que me dejé llevar por una corazonada, pero la realidad era lo suficientemente literaria. La explicación era La Casona de Humahuaca, un espacio cultural ubicado sobre Humahuaca, a la vuelta de la esquina. Su apertura hacia la calle era un pequeño bar y tenía mesas sobre la vereda, junto a un enorme árbol que hospedaba una biblioteca. La fachada y el interior tenían muchos colores. El lugar parecía fuera del tiempo. Siempre que estaba cerca, pasaba a mirarlo y me costaba sacarle los ojos de encima. No sé bien porqué, supongo que había algo de verdadero en ese lugar.

Pero volvamos a lo extraño de aquella noche. Cuando salimos a la calle, lo primero que percibí de manera inconsciente fue una inmensa quietud. La soledad era grande y destilaba una silenciosa pesadez. Los jacarandás florecidos de noviembre parecían congelados a contraluz de la luminaria pública. Podíamos hablar en voz baja y escuchar nuestros pasos. No me detuve en estas sensaciones hasta más tarde, cuando las anomalías acumuladas ya no podían ignorarse.

El primero de los hechos imprevistos ocurrió al doblar en la esquina. La Casona se hizo visible en la vereda de enfrente. No me sorprendió encontrarla colorida y tranquila. Había dos o tres mesas afuera, ocupadas por varias personas. Una suave música tropical sonaba como venida de

lejos, pero sin alterar la atmósfera taciturna de la calle. Nunca visitaba el lugar, tal vez porque estaba muy ocupado o tal vez porque no quería decepcionarme. Este tipo de reflexiones elaboraba mientras caminaba por la vereda de enfrente. De repente, una de las personas sentadas en las mesas me señaló y avisó a los demás: «¡Allá va Guerrero!». Hubo una breve pausa de reconocimiento hacia mí. Inmediatamente después, las personas comenzaron a saludarme con entusiasmo. Miré a Lais, sorprendido. Agucé la vista y observé a las personas. No las conocía. Y no había ninguna razón para que ellas me conocieran a mí. Nunca me había ocurrido algo así y, de hecho, no volvería a ocurrirme hasta el momento en que escribo estas líneas. Lais encogió los hombros y levantó las manos, declarándose inocente y carente de explicaciones. Todavía confundido, tarde y como un reflejo, saludé a los desconocidos. Sumido en el desconcierto, como pude, seguí caminando.

Todavía inmerso en el episodio de La Casona, no presté demasiada atención a lo que ocurría en la cuadra siguiente, entre Billingham y Mario Bravo. La calle estaba cortada. En el medio, impidiendo el paso de eventuales autos (durante la caminata no veríamos ni uno solo), había tres enormes montículos de ramas. Daba la impresión de que se había ejecutado una gran poda de árboles. No era época de podas. Dos camionetas oficiales con luces intermitentes custodiaban los montículos. Junto a ellas, unos hombres organizaban los pasos a seguir para despejar el paso. La situación no generó ningún tipo de interacción con nosotros. Pero visto en retrospectiva, advertí que nunca había estado frente a una escena semejante a esas horas de la noche en esa época del año.

Llegamos a Medrano. La avenida permanecía injustificadamente desierta. No se veían autos en movimiento, ni siquiera en el horizonte. Tampoco había personas. Era como si todos hubieran desaparecido. Cruzamos la avenida muy despacio, como desafiándola. El mutismo se sostenía. Los hechos todavía no digeridos no lograban captar el centro de nuestra atención, pero sí comenzaban a debilitar nuestra conversación principal.

A pocos metros de Acuña de Figueroa, una mujer apareció caminando por la vereda de enfrente. Vestía de rojo y usaba tacos. Ambos detalles contrastaban intensamente con el silencioso gris de la noche. No pude no mirarla. Me sonrió. Tardé varios segundos en comprender que debía ir a

buscarla. Le pedí a Lais que me esperara. Persistente en el error, caminé rápido en lugar de correr hasta la esquina. Cuando llegué, miré en vano hacia las cuatro direcciones. La mujer había desaparecido. Entre los reproches de siempre, volví al encuentro con mi amiga. Arrastrando mi resignación, retomamos la caminata.

A esa altura de la noche, la conversación con Lais se había apagado hasta convertirse en una pausa pensativa. Todavía no sabíamos por qué. Llegando a Gascón, una puerta se cerró demasiado fuerte. Una bandada de palomas negras se abalanzó desde alguno de los edificios hacia el centro de la calle. Los aleteos rasantes parecieron amenazarnos. Cuando las palomas retomaron su vuelo ascendente, buscaron el cielo abierto y se fundieron en la sombra de la noche. Una vez más, nos miramos con Lais sin decir una palabra.

No sé bien por qué o para qué ocurría todo esto. ¿Eran simples hechos fortuitos encadenados? ¿O había en marcha una orquesta minuciosa de eventos encadenados? ¿Había algo de fantástico en esta sucesión concentrada de curiosidades? ¿O era tan solo la improvisación de Buenos Aires acrecentada por mi imaginación?

El siguiente acontecimiento de la noche fue el que, quizás, dio respuestas a esas preguntas. Ya casi llegábamos a Pringles. Pisé un papel encintado que se pegó a mi zapatilla. Sacudí el pie, pero no tuve éxito. Me detuve, apoyé el tobillo en la rodilla y tomé el papel. Era blanco y solo tenía escrita una dirección muy clara con fibra negra. El lugar pertenecía al barrio, no lejos de donde estábamos. Tiré el papel a un costado y seguimos caminando. Por fin, llegamos al departamento.

La noche podría haberse extinguido en ese punto. Sin embargo, su rara estela logró sobrevivir hasta el día siguiente. Yo no podía olvidar la dirección del papel encintado. Su recurrente presencia durante las primeras horas de la mañana me impidió desarrollar mis responsabilidades habituales. No pude escribir, ni trabajar, ni siquiera despejarme. Sería pretencioso decir que después de almorzar tomé la decisión de ir hasta la dirección del lugar. Simplemente, no pude evitarlo. Necesitaba ir hasta ese sitio para dejar de pensar en él.

Salí del departamento. El lugar no estaba lejos, unas cinco cuadras. La dirección la tenía fundida en la mente. El mundo permanecía indiferente

a la particularidad de mi misión. No me sentía yendo a un lugar desconocido. En todo momento, la visita se sentía como un regreso.

Como siempre, yo cuestionaba mi accionar. ¿Estaba realmente ante una situación extraña? ¿O era yo mismo el extraño, deformando los hechos más corrientes en mi afán de una existencia literaria?

Llegué al lugar. Era una casa vieja, todavía de una sola planta, enclavada en un barrio asediado por torres modernas. Digamos que no me decepcionó. Era una casa que yo también hubiera elegido. Toqué el timbre. Esperé. Un hombre de unos sesenta y cinco años se asomó detrás de una puerta de esas que tienen una ventana de vidrio que se abre. El desaliño del hombre era propio de un domingo por la mañana. En su rostro se destacaban los bigotes y la barba de pocos días. De la camisa abierta se asomaba una panza redonda. Hubiera apostado a que fumaba.

— Sí, ¿quién es? — se limitó a preguntar mientras me miraba con desconfianza. Yo no sabía bien qué contestar.

— Soy Juan Manuel Guerrero — le dije la verdad, sin justificación.

— Ah, el del libro — validó mi respuesta contra todos los pronósticos.

— El mismo — acepté entrar por completo en una conversación que no comprendía.

— Ya vengo — me dijo, y se metió en la casa. Mientras, yo sentía cómo la corriente sinuosa del destino me arrastraba.

No pasó más de un minuto. Volvió, abrió la puerta y se acercó. Traía un pequeño libro con una nota de papel adjunta. Por detrás del papel se asomaba una tapa ilustrada con primacía de marrón, verde y amarillo. El hombre me ofreció el libro.

Tomé el libro y leí la nota. «Para Juan Manuel Guerrero», decía. Saqué la nota y el libro quedó al descubierto. *Libro del futuro* era el título. Y Juan Manuel Guerrero era el autor. El formato, el diseño y la cantidad de páginas eran los mismos que en todos mis libros. El problema era que yo nunca había escrito un libro con ese título, ni elegido una tapa con esa imagen, ni publicado un libro como ese.

Mi primera reacción fue mirar al hombre. Él también me miraba, pero no parecía comprender lo inconsistente de la situación.

— ¿De dónde salió este libro? — le pregunté con impaciencia.

— Apareció en el buzón hace unos días. La verdad, yo quería tirarlo, pero mi esposa insistió en guardarlo. Parece que tenía razón.

Yo no sabía qué decir. Me quedé observando el libro mientras pensaba.

— Bueno, joven, me retiro porque tengo que seguir preparando la comida — dijo el hombre, dio media vuelta y entró a la casa vieja.

Yo seguía inmutable en la vereda. Abrí el libro por detrás y, como era de esperar, encontré el *Índice*. Los títulos me resultaban muy familiares, a pesar de que nunca había escrito esos relatos. Entre otros, encontré *Viaje de regreso a las postales*, *Ladrón de veranos* y *Rara mezcla de presentimiento y tristeza*.

Hojeé el libro. Lo abría al azar y leía algunos fragmentos. Sin dudas, yo era la persona que hablaba, aunque nunca había escrito esas líneas. No al menos el yo que conocía hasta entonces, no al menos dentro del tiempo de vida que albergaba en mi memoria.

A pesar de ello, sí había en esas páginas muchas ideas que habían rondado en mi cabeza durante años:

«Decidí que esta nueva vida — una inmerecida segunda oportunidad — comenzaría con un paso atrás. ¿Valía la pena una vida mesurada, medida, recortada por las expectativas? ¿Tenía sentido autolimitarse a la altura de los demás? ¿Importaban, acaso, las consecuencias de no hacerlo? ¿No era la indiferencia ante esas consecuencias, después de todo, el hecho que diferenciaba a los verdaderamente vivos?»

También otras que me habían obsesionado durante las últimas semanas:

«...interpreta que la vida es una larga maratón en la cual solo los tenaces se alzan con algo valioso, aunque más no sea una buena historia. Intuye sin pruebas que el talento, a menos que sea de una genialidad improbable, poco puede hacer por sí solo. Además, considera que la mejor manera de persistir es no esperar resultados, ya que estos casi nunca llegan o lo hacen demasiado tarde, de modo que la espera, si es sufrida, no se justifica. Por otro lado, es más probable que los resultados, de llegar, lo hagan sobre los destinos de aquellos que no los buscaban. “Dedíquense

con pasión a aquello de lo cual no esperan resultados”, espera decirle algún día a sus nietos, en lo posible acompañando esa sabia sentencia con una buena historia personal que la sustente (más allá de los resultados).»

Y también sentimientos muy familiares que, sin embargo, nunca había llegado a sentir:

«Hace días que me siento extraño. Me invade una rara mezcla de presentimiento y tristeza. O tal vez algo parecido: un triste presentimiento.»

Busqué la fecha de publicación del libro. La encontré al final. Era el futuro. No pude evitar, a pesar de mí mismo, las preguntas obvias. ¿De dónde salió este libro? ¿Cómo llegó hasta la casa vieja (y hasta este tiempo)? ¿Quién me lo envió y por qué? ¿Acaso un viajero del tiempo con espíritu lúdico? ¿Acaso yo mismo? ¿Era necesario el misterio? No vale la pena repasarlas a todas, pues eran las mismas preguntas sin importancia que se haría cualquiera.

Si había interrogantes valiosos eran aquellos que tenían que ver con el futuro. Es decir, aquellos que se derivaban de la pregunta siempre fundamental: ¿Qué voy a hacer ahora?

En la búsqueda de una respuesta, o por lo menos de un rastro, revisé el libro con mayor detalle. Decidí comenzar por las secciones accesorias, a menudo poseedoras de cierto anclaje con la realidad (que no es lo mismo que la verdad).

Entre los *Agradecimientos*, encontré los de siempre, pero también algunos destinados a personas todavía desconocidas. Estimé que las conocería pronto. Me pregunté cuál debía ser mi actitud cuando eso ocurriera. ¿Debía permanecer neutral frente a la perturbadora idea de conocer el futuro? ¿Me habilitaba ese conocimiento a pedirles ayuda sin rodeos? ¿O, por el contrario, debía esperar a que el destino ya escrito (¡pocas veces escrito con tanta claridad!) hiciera su trabajo? Entre los reconocimientos, destacaba como siempre el dedicado a Mariano Jofré, mi amigo, el ilustrador de las tapas. ¿Era la tapa del *Libro del futuro* un diseño de Mariano? O mejor dicho a esta altura de la historia, ¿Él ya había diseñado la tapa en cuestión?

Llamé a Mariano por teléfono. Atendió. Sin darle demasiados detalles, le pregunté si ya había realizado o pensaba realizar una ilustración con las características que yo estaba viendo en el *Libro del futuro*. Sorprendido, me dijo que sí. Estaba justamente trabajando en una idea como esa.

— Excelente. Por favor, seguí adelante, porque es muy posible que esa sea la tapa de mi próximo libro — lo alenté. Quizás hubiera sido más honesto decirle que ya lo era, pero la verdad es que no lo tenía del todo claro. Le prometí que le daría más detalles cuando los tuviera. Nunca lo hice hasta ahora. Tal vez nunca tenga esos detalles.

Mi *Breve biografía* era esencialmente la misma. El *Libro del futuro* era audaz, pero no se había atrevido a cambiar mi pasado.

En la sección de *Otros libros de mi autoría* se mencionaban los cuatro primeros. Eso implicaba que el *Libro del futuro* era el próximo de la serie. Por supuesto, siempre que yo decidiera atenerme a la línea del futuro que me proponía el libro. Además, había una muy buena noticia: un próximo libro estaba en desarrollo. Confirmaba en los hechos la única certeza con la que yo ya contaba: mi vocación de escritor seguía viva.

Al final de mis libros, suelo detallar *Cómo ayudarme*. Esa sección tampoco había cambiado. Yo continuaba insistiendo con esa extravagancia. Las formas de ayudarme propuestas eran las de siempre, excepto por una nueva que me resultó inquietante: «*Podés ayudarme mucho si me enviás este libro al pasado. Me ahorrarás muchísimo trabajo.*» ¿Era acaso una broma espontánea de mi parte que algún lector se había tomado demasiado en serio? ¿O era una consecuencia directa de que yo hubiera encontrado el *Libro del futuro*? Si este era el caso, ¿hablaba en serio o se trataba de una sutil ironía? En cualquiera de los casos, ¿debía incluir este pedido en mis próximos libros?

La *Burocracia* relacionada a la publicación del libro permanecía mínima, por no decir inexistente. Los requisitos de la ley seguían siendo igual de ridículos para un artista independiente. ¿Tan difícil era entender que un escritor, y en verdad cualquier persona, necesitaba de su tiempo para desarrollar su vocación y no para cumplir con reglamentaciones absurdas?

Las formas de *Contacto* eran las habituales. La desestimación de las mismas por parte de los lectores también: «*En general, los lectores hacen*

caso omiso de lo anterior y me agregan en redes sociales. A veces, los acepto.»

Por último, volvía a proponer a los lectores que compartieran el libro una vez terminado. Seguía siendo una lástima — y siempre lo sería — que mis libros quedaran encerrados en algún cajón o en una biblioteca. El planteo, sin embargo, era esta vez un tanto más osado: «*Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.»*

Entonces... ¿debía publicar un libro de mi autoría a pesar de no haberlo escrito? ¿Debía no publicarlo, aunque fuera mío? ¿Debía destruirlo y confiar en que lo escribiría de nuevo? ¿Debía deshacerme de él y confiar en lo que iba a escribir, fuese lo mismo o no? ¿Debía tomar el libro como base y editarlo para mejor? ¿Debía dejar de lado los principios, leerlo y decidir en base a mis impresiones del mismo?

Leer el libro parecía ser un primer paso sensato. Ya de regreso en el departamento, me senté en el sillón y lo leí en unas pocas horas. Quizás porque era mío (¿lo era realmente?), me pareció bueno. Reflexioné.

La primera posibilidad concreta consistía en publicar el libro tal cual estaba. Eso me ahorraría muchísimo esfuerzo. Sin embargo, ese ahorro no era un fundamento que yo deseara para mi camino artístico. Era evidente que no me conduciría al orgullo ni a la satisfacción. Como bien había sugerido Jáuregui, El Escritor Expulsado, dejar de escribir también era un verdadero ahorro de energías y no por eso un verdadero artista seguiría ese camino.

¿Cabía la posibilidad de una trampa? Tal vez algún demente había diseñado un escrupuloso plan para dinamitar mi — seamos condescendientes, por favor — carrera artística. Todo había sido pensado, ejecutado y documentado con maniática obsesión. La estrategia era evidente: buscar que yo me atribuyera una obra que no había escrito. Cuando se dieran a conocer los detalles de mi estafa, mi credibilidad — lo que quedaba de ella — se esfumaría.

Yo podía sobreponerme a ese riesgo. Tan solo debía aceptar sin rodeos haber publicado el libro tal cual lo había encontrado. Lo confesaría todo en la *Introducción*: la increíble historia, mis dilemas, mis debilidades y, lo menos importante, mis justificaciones. El público valoraría mi

honestidad brutal, es decir, mi coraje. No me inhabilitaría el acceso al panteón de los ídolos populares: *«Es un holgazán, pero lo admite con chispeante elegancia. Lo queremos.»*

Apelando a otro enfoque, yo también podía disimular mi prescindencia. Montarme sobre la obra ya hecha e incluir algunas mejoras, supuestas o reales, aunque más no fuera para dejar en evidencia mi voluntad de trabajo. Afirmar con resignación que *«la obra no puede mejorarse, aunque sea mi voluntad hacerlo; que yo no la haya escrito no significa que no sea mi trabajo, ni que no esté bien realizado»*. Podía también forzar los cambios, aunque implicaran un empobrecimiento de la obra. ¿Eran el orgullo o la crítica más importantes que la calidad de la obra? Por supuesto que no, pero aún así las preguntas no podían ignorarse. ¿Cuántos artistas, inclusive algunos de los grandes, habían cedido a criterios contaminantes de su obra? Yo no cedería, pero tampoco iba a negar que la debilidad me acompañaba en todo momento.

Sentado todavía en el sillón, dejé el libro sobre la mesa y extravié la mirada contra una de las paredes. Las preguntas todavía eran demasiadas. No se aclararían tan rápido. Habría que esperar a mi próximo libro para obtener algunas respuestas. Quienes tengan ese libro entre sus manos, en el futuro, sacarán sus propias conclusiones.

Dar para vengar

Jáuregui es escritor. Lo es porque escribe a pesar de todo. La calidad de su obra es por lo menos dudosa, pero esa es una discusión diferente.

¿Qué tipo de escritor es Jáuregui? Ante todo, uno desconocido. Más que la incierta literatura que produce, es el desconocimiento de su obra el hecho fundamental que explica la indiferencia que suele obtener cuando irrumpe y se presenta como escritor. Esto es entendible. Todo reconocimiento necesita del inevitable trabajo del tiempo. Nuestro escritor es muy consciente de esta razonable verdad y, en buena parte debido a eso, ha elegido persistir de un modo nada menos que incondicional.

En esa línea de creencias, Jáuregui interpreta que la vida es una larga maratón en la cual solo los tenaces se alzan con algo valioso, aunque más no sea una buena historia. Intuye sin pruebas que el talento, a menos que sea de una genialidad improbable, poco puede hacer por sí solo. Además, considera que no esperar resultados es la mejor manera de persistir, ya que estos casi nunca llegan o lo hacen demasiado tarde. Y si la espera es sufrida, entonces no se justifica. Por otro lado, es más probable que los resultados, de llegar, lo hagan sobre los destinos de aquellos que no los buscaban. «Dedíquense con pasión a aquello de lo cual no esperan resultados», espera decirle algún día a sus nietos, en lo posible acompañando esa sabia sentencia con una buena historia personal que la sustente (más allá de los resultados). De manera consistente, nuestro escritor ha decidido no esperar esa historia.

Mientras todo esto ocurre en las profundidades de Jáuregui, la vida continúa inalterada, como si nuestro escritor no existiera. Las estaciones también se suceden imperturbables y el verano, tarde o temprano, siempre llega.

Durante ese caluroso trimestre, las masas se mueven hacia los espacios de veraneo. Refugios de ocio donde abunda el postergado tiempo libre y, en muchos casos, la disposición a leer. Y a consumir, también. Jáuregui aspira a conquistar esas disposiciones y por eso se traslada hasta la Playa del Lector, un paraje situado en la costa argentina.

En esa playa amplia y medanosa, Jáuregui busca dar a conocer su modesta obra entre los bañistas. Todos los días, sobre la arena ardiente, camina junto al mar durante algunas horas, no demasiadas, y encara uno por uno a los bañistas que reposan con aparente tranquilidad a pocos metros de la orilla.

Jáuregui preferiría no tener que incomodarlos — a menos que fuera a través de su literatura — pero hasta el momento no ha encontrado alternativas. A veces no hay más remedio que sobrepasarse. «La arena incomoda, el calor incomoda, el viento incomoda, la gente incomoda, los vendedores ambulantes incomodan, el país incomoda, la incertidumbre incomoda, el porvenir incomoda, la muerte inevitable incomoda; en fin, todo incomoda; mi aporte a la incomodidad es ínfimo, casi imperceptible», se justifica nuestro escritor para darse ánimo, mientras enfila hacia el próximo bañista.

Cada día, Jáuregui carga todos los libros que puede en su pequeña mochila, monta su bicicleta playera y se dirige hacia alguna de las muchas entradas que dan acceso a la playa. Junto a alguno de los postes de luz, ata su bicicleta. Sube al médano y desde allí observa la franja arenosa que parece interminable. Se concentra en la cantidad de bañistas. Evalúa también las microcondiciones climáticas: la intensidad y procedencia del viento, la batalla entre el cielo y las nubes y el estado del mar, sobre todo para saber si nadará un rato al final de la caminata. Por último, mira el horizonte y, por sobre él, se asoma al futuro. «¿Vale el empeño todo esto?», no hay vez que no se pregunte.

La pregunta es fundamental, pero la respuesta es incierta. Jáuregui lo sabe. Siente que de existir una respuesta no se encuentra en el presente. No hay más remedio que jugarse entero y desentenderse de las consecuencias, pues probablemente serán negativas o — quizás peor — nulas. En su caso concreto, la única posibilidad es seguir bajando a la playa.

Entonces, consistente, Jáuregui baja a la playa cada vez que el clima lo acompaña. Se abandona al destino que él mismo se ha impuesto. No hay excusas ni excepciones. Luego de treintenas de jornadas como esta, las reacciones de los bañistas han pasado de ser una misteriosa sorpresa a una implacable estadística.

Esa cierta previsibilidad no ha logrado, sin embargo, atenuar el dolor que el rechazo de los bañistas produce en Jáuregui. En verdad, no lo hiere el

rechazo — un derecho de los bañistas — , sino la desconsideración, la irrespetuosidad, la falta de empatía. Esta susceptibilidad no debe sorprender. La persistencia no debe confundirse con insensibilidad. Parafraseando el saber popular, persistente no es aquel que carece de sensibilidad, sino el sensible que a pesar de todo se sobrepone al rechazo.

De vez en cuando, Jáuregui llega a la playa y, desde la altura del médano, comprende que el día no lo acompañará. Un viento o un frío imposibles de advertir desde la lejanía de su hogar han determinado que los bañistas no bajen. Pocos momentos de la temporada le resultan tan amargos como este. Entonces, como en una cinta proyectada en reverso, vuelve sobre sus pasos hasta llegar a su casa. Allí, el día se le hace largo, más por imprevisto que por improductivo. Entonces, no tiene más remedio que compartir el día, en soledad, con su incómoda conciencia.

Más allá de la indeseable letanía de enfrentarse a los interrogantes de una vida sin sentido, lo que más molesta a Jáuregui es tener que prepararse y trasladarse en vano hasta la playa. Lo malhumora tener que descartar la preparación, el traslado y la expectativa. Si los bañistas no van a estar, es mejor plantearse un día diferente desde la primera hora de la mañana. Por eso, cuando se levanta, nuestro escritor evalúa el clima con celo obsesivo. Consulta pronósticos oficiales o particulares. Discute el diagnóstico con su vecina, Mercedes. Llama por teléfono a sus amigos guardavidas.

Muchas veces, la costa argentina plantea escenarios complejos, casi indescifrables. Cuando eso ocurre, Jáuregui duda hasta el último segundo sobre la conveniencia o no de bajar a la playa.

Ese era el escenario aquella mañana de febrero cuando el reinado del sol se veía amenazado de muerte por una *sudestada*. Sin embargo, ese día Jáuregui no dudó ni un segundo. El clima era cálido y no había viento. El cielo estaba muy despejado, excepto hacia el Sudeste, desde donde avanzaba un frente tormentoso imposible de ignorar. El pronóstico confirmaba las sospechas: una gran lluvia se desataría hacia la mitad de la mañana. Por lo general, un parte meteorológico como este implicaba una única posibilidad para nuestro escritor: no bajar a la playa.

Jáuregui salió, miró el cielo de punta a punta y estuvo de acuerdo: la lluvia llegaría más pronto que tarde. Sin embargo, nuestro escritor actuó como si estuviera en desacuerdo consigo mismo o como si se estuviera desafiando. Volvió a entrar y comenzó a preparar los libros. Separó los

diferentes títulos, les puso señaladores y los alternó, ubicándolos luego en la pequeña mochila. Allí también puso su hoja de notas, sus biromes y la lupa. Se vistió con la ropa de trabajo, es decir, la malla y la remera liviana. Casi no se puso protector solar. Tomó la bicicleta y la estacionó afuera de su casa, como lo hacía siempre antes de salir.

— Va a llover — le advirtió Mercedes, la vecina que lo miraba desde la casa de al lado.

— Sí, lo sé — respondió Jáuregui, mientras acomodaba la pequeña mochila y la cadena sobre el canasto trasero de la bicicleta.

— ¿Vas a bajar igual? — insistió la vecina.

Jáuregui no contestó. Ni siquiera se tomó el cinematográfico trabajo de mirarla a los ojos para responderle en silencio. Montó su bicicleta y salió por las calles de arena rumbo a la playa. Llegó a destino. Las primeras nubes de la tormenta — inofensivas — ya lo habían alcanzado. Luego de atar la bicicleta y tomar la mochila, subió hasta lo alto del médano. Desde allí, como siempre, hizo un paneo general.

La playa estaba cálida, nublada y quieta, sin una gota de viento. El mar, planchado. No había vendedores. Reinaba una especie de silencio extrañísimo. La atmósfera era de enorme distensión. Algunos bañistas habían intuido la bendición, o tan solo se habían aventurado a su posibilidad y habían bajado. Era el estado ideal para estar en la playa, ya fuera como bañista o como escritor que promueve sus libros. Jáuregui lo percibía y eso le generaba un marcado entusiasmo.

Dejándose ayudar por la bajada, nuestro escritor comenzó el descenso a la playa. Pasó sin distraerse junto a la casilla de los guardavidas.

— ¡Escritor! ¡En media hora llueve! — le avisó un guardavidas pelilargo.

Jáuregui no respondió. Tan solo levantó el brazo y, desde esa altura, levantó su dedo pulgar. Siguió caminando. Llegó al que consideró el punto de partida. Se detuvo y miró a su alrededor. Se descalzó la mochila y hurgó en ella. Tomó todos los libros que pudo. Con un pequeño trote, dio por comenzada la misión y se fue acercando a cada uno de los bañistas que disfrutaban de los últimos minutos de playa.

Todo marchaba mejor de lo que Jáuregui había previsto. Quizás debido a la tranquilidad reinante, más bañistas que los habituales lo escuchaban y le recibían los libros. Por supuesto, muchos otros no:

— No, gracias, ya está por largarse a llover — le decían.

— Por eso mismo deberían aceptarlos — les confesaba nuestro escritor, aunque ellos no podían escucharlo.

— No, gracias — confirmaban.

Jáuregui no insistía. Sonreía y seguía adelante. Ese día, nuestro escritor parecía tan inmune al rechazo como a la tormenta.

La *sudestada* avanzaba. Las nubes oscurísimas ya estaban casi encima. El celeste era tan solo un pasado reciente que todavía podía verse en el horizonte, hacia el Noroeste. La idea generalizada de un pasado siempre visible, a lo lejos, distrajo a Jáuregui durante un instante que, como congelado, se prolongó un par de minutos. Miró la tormenta, establecida todavía en el después, y comprendió que la misma visibilidad podía posarse también sobre el futuro. Un trueno no tan remoto lo despabiló.

Jáuregui logró repartir casi todos sus libros con rapidez. Le quedaba solo un puñado cuando las primeras gotas, tímidas, comenzaron a caer. Fue la señal que los bañistas, fingiendo distracción, esperaban para dejar la playa. Se levantaron de inmediato y comenzaron a guardar sus cosas.

Un caso aparte eran quienes habían recibido los libros de Jáuregui. Buscaban a nuestro escritor con ansiedad. Querían ajustar cuentas con él, ya fuera para devolverle los libros antes de que se mojaran o para adquirirlos de alguna manera. Desde diversos puntos de la playa, parados casi en puntas de pie, lo buscaban con la mirada, con los brazos en alto o a viva voz.

La sorpresa de ellos fue grande cuando Jáuregui comenzó, a lo lejos, una carrera triunfal al grito de «¡se los regalo!», luego de dedicarles una mirada breve y saludante.

La mirada era breve porque había una mirada mayor dedicada a aquellos que no le habían recibido el libro. ¡Qué feliz se sentía Jáuregui de regalar sus libros a aquellos que le habían dado una oportunidad! ¡Y qué placer más grande le daba hacerlo frente a la mirada desconcertada — eso le gustaba pensar — de quienes lo habían rechazado!

Muchos de los beneficiados por Jáuregui se negaban al regalo y corrían tras él, diciendo o gritando «no, no, por favor» con la mano adelante sosteniendo un billete. Nuestro escritor tenía cierto estado atlético y no se dejaba alcanzar. Más decisivo aún, portaba cierto orgullo que no le permitía

aceptar situaciones que llevaran a sospechar que estaba obligando a alguien a pagar por sus libros.

Casi escapando, Jáuregui subió el médano y desapareció entre los pinos. Fue la última imagen de nuestro escritor que tuvieron los bañistas que también se retiraban de la playa, ya fuera para alcanzar al escritor o para escapar de la lluvia creciente.

La escena de Jáuregui corriendo para dejar la playa, bajo la lluvia y regalando libros a los gritos, se discutió en las mesas familiares aquel mediodía. También en la noche, cuando algunos bañistas ya se habían arriesgado a las páginas de nuestro escritor.

En esas conversaciones, los más escépticos razonaron que Jáuregui ya no tenía alternativa esa mañana. Los libros repartidos eran demasiados. No hubiera tenido tiempo de recogerlos y mucho menos de entablar una mínima conversación con los beneficiados. Y si lo hubiera tenido, entonces los libros se hubieran mojado al regresar en bicicleta hasta su casa. No había grandeza, después de todo.

Los escépticos tenían razón. En las conclusiones, pero no en los razonamientos. Hubo una miseria en el accionar de Jáuregui, pero no fue la demagogia.

Viaje de regreso a las postales

Hacía tiempo que había dejado de enviar postales. La decepción había logrado derrotarme. En mi explicación, los destinatarios de mis postales habían sido los responsables fundamentales de ese desengaño. En la cruda realidad, el responsable siempre había sido yo por haber puesto alguna expectativa en ellos.

Bien lo sabe Osvaldo Robledo: enviar una postal es un acto de amor. Elegirla, escribirla, investigar cómo funciona el correo en tierras extrañas, conseguir la dirección del destinatario (en lo posible sin alertarlo para no arruinar la sorpresa) y, por último, pagar el envío. Muchas veces, las postales ni siquiera llegan.

Como ocurre con toda muestra de amor, quien la ejecuta queda sometido a las consecuencias de su accionar, en una delicada posición de vulnerabilidad. Ofrece su corazón y queda expuesto.

La más dura de las respuestas es, sin dudas, la indiferencia. El destinatario recibe la postal, pero ni siquiera la agradece. Mucho peor, ni siquiera avisa que la recibió. Es difícil no imaginar a esa persona recibéndola y tirándola directo a la basura.

Algunos podrían objetar que el caso de mi amigo Germano fue todavía peor: utilizó la postal que yo le había enviado para emparejar el enduido sobre una porción de pared antes de pintarla. Es cierto, el uso de la postal fue controvertido, pero al menos valoró y agradeció con énfasis el envío. «Era domingo y estaba todo cerrado, me salvaste la vida», me dijo con algo de exageración argentina.

Ya sin el extremo de estos casos, las reacciones de los destinatarios de mis postales habían sido ligeramente variadas, pero sobre todo pobres y tibias. Muy pocos habían devuelto mi propuesta con algún gesto equivalente. Si había enviado cien postales, en respuesta había recibido unas cuatro o cinco. Por supuesto, todos tenían el derecho a no responder. Simplemente, me lamentaba de que ese desafío a la monotonía no hubiera prosperado.

Así, lenta y progresivamente, mi motivación para enviar postales fue decreciendo hasta desaparecer. Ese posible rincón de magia terminó por extinguirse y la vida — la mía y la de los destinatarios — se volvió más gris, quizás sin que nos diéramos cuenta. En mi caso, di un paso más en dirección a la «adultez». Me volví un poco más duro, más descreído y más escéptico. Y eso, seguramente, precipitó otros nuevos pasos en la misma dirección, de los cuales tal vez ni siquiera soy consciente todavía.

Esa triste despedida del mundo de las postales tuvo, sin embargo, un punto de quiebre. Fue durante el viaje que me llevó desde Georgia hasta Armenia. Como si mi endurecimiento ante la vida hubiera sido solo un invierno o una glaciación, ese humilde viaje de cinco horas fue primavera o deshielo. Lo fue, sobre todo, porque logré sobrevivirlo. Voy a contarles a qué me refiero.

Era verano. Yo había pasado unos días en Tbilisi, la capital de Georgia. Había recorrido sus calles caóticas, sus interminables bares con buen vino y hasta me había aventurado a subir a la Fortaleza durante una tarde demasiado calurosa. Había probado los Khinkali y los Khachapuri. Había presenciado en las calles los disturbios relacionados a los históricos problemas con Rusia. Había confirmado con sobrada certeza la pertenencia de los georgianos al selecto grupo de las naciones más bizarras del mundo, entre cuyos integrantes más destacados yo había nominado a Rusia, Italia y Argentina.

Me consideraba listo para partir hacia Armenia.

El medio de transporte recomendado para ir hasta Yerevan, la capital de Armenia, era la minivan. Se tomaba junto a la estación de metro de Avlabari, no lejos del Centro Histórico. Lo más impresionante y distintivo de ese lugar era la mole edilicia que se levantaba detrás de la pequeña entrada a la estación de metro. Justo enfrente, un número variable de estos vehículos reunían pasajeros y salían hacia diversos puntos de Georgia y sus alrededores.

Me subí a una de las minivan. Era aceptablemente moderna y tenía lugar para siete pasajeros. Además de mí, había cuatro mujeres adultas que supuse armenias y una pareja de japoneses. Las ubicaciones eran las siguientes: una señora junto al conductor, dos señoras en la primera fila — una a cada uno de mis lados — y una señora atrás, junto a los japoneses. Al

parecer, mujeres y turistas eran el público principal de las minivan, ya que los hombres — «los verdaderos hombres» — tenían su propio auto.

El conductor me pareció ruso, así que lo bauticé Iván. Tendría unos cuarenta años y estaba semipelado. Usaba unos anteojos espejados y multicolores, además de vestir una chomba que decía Georgia en grandes letras. Más tarde me enteraría de que era armenio. Lo único que le faltaba para completar un personaje sin fisuras era escuchar música regional de baja calidad, preferentemente con volumen alto y durante todo el viaje, una pesadilla que por suerte nunca se hizo realidad.

La característica más sobresaliente de Iván, sin embargo, era la de ser un conductor suicida. Un demente que durante cinco horas nos llevaría hasta los mismísimos límites de la vida. Desde las ventanillas, en esos confines terrenales, podía verse el vacío interminable de la muerte.

Por supuesto, yo no podía saberlo de antemano.

Iván salió de la ciudad con invisible elegancia. Respetó los semáforos, los cruces peatonales y las velocidades máximas. Todo anticipaba un viaje tranquilo y sin sobresaltos que nunca llegaría.

En cuanto dejamos la ciudad, Iván comenzó a padecer la indeseada metamorfosis. Los paisajes relativamente abiertos y la disponibilidad de espacio en la ruta se fueron concentrando de un modo misterioso sobre su pie derecho. Su paciencia con los autos que iban delante se agotó demasiado rápido. A fuerza de acelerador y volante, comenzó a pasarlos con apetito devorador.

Mientras la tendencia de Iván acelerar se acentuaba, yo me acomodaba cada vez mejor en el asiento. Después de un rato, me puse el cinturón de seguridad, práctica recomendada que hasta ese entonces había considerado opcional. Y me entregué a un estado de tensión permanente. A pesar de la creciente incertidumbre, la experiencia era todavía tolerable. Aún no creía que todos moriríamos. Además, uno tenía su orgullo. No era cuestión de admitir ante todos que uno tenía miedo, al menos no demasiado rápido ni con demasiada facilidad.

El viaje realmente empeoró cuando el paisaje se volvió montañoso y las rutas se enroscaron como una serpiente a la defensiva. Esta súbita elevación del camino ocurrió dentro de la primera hora de viaje. A medida que subíamos, los alrededores se volvían más y más campestres. Los carteles eran indescifrables. Los jirones del período comunista también se

hacían más visibles. La occidentalización del país parecía llegar más tarde al interior.

La ruta también parecía haber sido construida antes de la Caída del Muro. Era una franja de pavimento ancha y deteriorada. En casi toda su extensión estaba destruida y no contaba con una gota de pintura que la señalizara. A juzgar por lo cerca que pasábamos de los autos que venían en sentido contrario — cuando Iván no lograba pasar a los autos delante — la ruta tendría de ancho unos tres carriles imaginarios bastante ajustados. Por simple efecto psicológico del terror, la ruta parecía angostarse cuando no lográbamos pasar a tiempo a los camiones o cuando pasábamos a otros vehículos pero en las curvas más cerradas. De hecho, el momento más psicoangosto de la ruta era cuando ambas cosas ocurrían a la vez.

Lejos de moderarse, Iván se exacerbaba a medida que el camino se volvía más complejo. En lugar de atemperarse, se liberaba de las ataduras del sentido común. En las antípodas de la prudencia, era como un fuego voraz que crecía ante los obstáculos.

Por si la enajenación mental de Iván fuera insuficiente, con cada maniobra mortal que nuestra exigida minivan ejecutaba, crecía en mí la certidumbre de que la ruta estaba llena de Ivanes. Cada tanto, cuando nuestra minivan iba inusualmente plácida por el carril propio, eran otros autos los que nos amenazaban de frente hasta el último segundo. Hasta Iván tenía que ceder y correrse a la derecha — fuera del camino — para buscar la preciosa supervivencia. Es decir, si por alguna razón llegábamos a poder escapar de sus garras, entonces todavía tendríamos que salvarnos también de sus interminables réplicas.

El recurrente *juego de la gallina* al que Iván nos sometía me llevó a detener mis observaciones en el parque automotor. Los autos se dividían en tres grandes grupos: autos modernos, autos Mercedes Benz antiguos y bien mantenidos, y autos soviéticos indescritibles, entre los cuales se destacaba el clásico Lada pequeño y blanco. Entre los camiones, los había grandes de carga, viejos de trabajo en el campo y, ya en Armenia, unos militares pequeños y algo destartados.

El control fronterizo entre Georgia y Armenia fue el primer momento de verdadera calma en nuestro imparable camino hacia El Otro Mundo. Bajamos. Sentí un placer infinito tan solo por volver a dar unos pasos, llenarme de aire fresco los pulmones y mirar las montañas sin la

intermediación de las ventanas. ¡Qué hermoso era estar vivo! ¿Por qué, por qué debía dejar este mundo con tanta premura?

Los controles fronterizos fueron de lo más normales. Ninguna irregularidad nos regaló unos minutos adicionales, por lo que retomamos nuestro camino sobre terreno armenio hacia Yerevan.

A pesar de estar lejos de las conflictivas zonas fronterizas con Turquía y Azerbaiyán, la presencia militar en el norte de Armenia era llamativa. El pésimo estado de los vehículos y la desdibujada apariencia de los militares que los conducían me producían más lástima que temor.

Mis digresiones reflexivas eran pequeños espejismos de distracción condenados a no durar. El motor de la minivan acelerando o las bocinas de los demás vehículos — especialmente las de aquellos que venían de frente — me secuestraban con violencia de la libertad de mis pensamientos y, tomándome por la nuca, me obligaban a volver a enfrentarme cara a cara con la muerte.

Las señoras armenias, en cambio, no se dejaban impresionar con facilidad. Dormían u operaban sus teléfonos móviles. Estaban más allá de las arriesgadas maniobras de Iván. Yo no podía dejar de preguntarme si realmente estaban relajadas, sin la necesidad de aferrarse a la vida con desesperación, o si por el contrario se evadían de esta forma para no enfrentar la realidad mortal que nos acechaba.

La tortura parecía no tener fin. Cuando yo creía que ya habíamos llegado al límite de lo soportable, los retos del destino iban un paso más lejos. Por ejemplo, en un momento comenzaron a aparecer vacas en la ruta. Cada vez que Iván tomaba una curva sin bajar la velocidad, no solo nos exponíamos a un auto de frente, o a dos, o a un camión, o a dos, sino también a la posibilidad de un rebaño. También existía el peligro de encontrar una de las tantas personas que, inconscientes, caminaban por el costado de la ruta. O, más inexplicable todavía, uno de los escasos *guiris* — europeos del norte — que buscaban la muerte heroica, o la cuadriplejía, viajando en bicicleta por la ruta a esa hora infernal del mediodía.

Lo admito. Hubo momentos donde creí que chocar una vaca, una persona o un ciclista sería la única forma en que saldríamos vivos — nosotros — de ese viaje. El shock anímico, la policía y un regreso diferente (quizás en una ambulancia) nos garantizarían la supervivencia. Sí, en algún

recóndito punto de mi ser, lo deseé. Obligado a elegir una víctima, hubiera optado por el ciclista.

Por supuesto, luego del primer incidente grave, protesté con gestos clarísimos ante Iván. Las señoras armenias se rieron. Iván también y, además, buscó tranquilizarme con unas palmadas en el hombro. Nada cambió. Los japoneses estaban inmóviles y, claro, jamás dirían nada. Con enorme probabilidad, preferían la muerte que la confrontación pública.

La inutilidad de mi reclamo me llevó a considerar la próxima y quizás única alternativa eficaz disponible: abandonar la minivan. Esta posibilidad implicaba bajarme en el medio de la árida montaña armenia, con casi cuarenta grados de temperatura y sin la más remota idea sobre cómo continuar el viaje. Y con la fuerte sospecha de que, de una forma u otra, terminaría en un vehículo también conducido por un enajenado. Sí, el destino era claro: mi vida en el viaje estaba condenada a quedar en manos de un Iván, fuera el original o no. En ese punto, también fui un poco japonés: prefería morir de manera súbita en las manos crueles del Iván original que abandonarme a un polvoriento destierro en la lejanía. Esa también era una muerte, pero más lenta y dolorosa.

A esa altura de los acontecimientos, tan solo me quedaba a disposición el recurso que yo siempre había despreciado: la impalpable religiosidad. Miré con mi inagotable escepticismo la cruz y el pequeño Gregorio I El Iluminador que colgaban del espejo retrovisor de la minivan y les pedí — con los ojos muy cerrados — que cuidaran de Iván. En particular, le imploré a Gregorio — portador de un título tan revelador— que lo iluminara. Si no era por él, al menos por nosotros, desconocidos ateos que, sin embargo, allí estaban, honrando ese sagrado suelo ortodoxo, hogar de la primera iglesia cristiana del mundo. Igual plegaria secreta elevé ante cada una de las iglesias de inconfundible arquitectura armenia que se levantaban, silenciosas y concesivas, al costado de la ruta.

Mientras oraba en silencio por Iván, no pude evitar preguntarme qué le pasaba a este hombre. ¿Qué oscura insatisfacción lo empujaba a jugarse la vida — la suya y la de los demás — a cara o cruz en cada curva cerrada del camino? ¿Qué fuerza lo arrastraba, cada vez que decidía pasar un camión demasiado largo, a cargar una sola bala azarosa y dispararse en la sien? ¿Qué insondables infiernos lo atormentaban en Tbilisi o Yerevan?

Pensé en el aburrimiento. ¡Qué cruel es una vida saturada de tedio! Por un momento, sentí una compasión infinita por el pobre Iván. Cada día, quizás más de una vez, quizás para siempre, un eterno retorno a esa ruta subdesarrollada e hirviente. Cada día el mismo paisaje, las mismas curvas y los mismos pueblos casi fantasmas, con las mismas señoras a un costado sosteniendo un paraguas para protegerse del sol agobiante. Y también con los mismos caños soviéticos sobre la superficie, a veces amarillos, tal vez de gas, sumando otro factor explosivo a la anarquía del tránsito en esa ruta donde — no sé bien por qué — no se veían víctimas fatales por todos lados.

Hacia la mitad del viaje, tuvimos un nuevo oasis de distensión nerviosa. La minivan necesitaba cargar gas. La estación de servicio, como un precioso oasis de agua fresca, nos brindó un breve reparo — sensitivo — del desierto mortal en el que se había convertido aquella ruta del norte armenio. Una vez conectada la minivan a uno de los cargadores, el procedimiento exigía que los pasajeros se bajaran por razones de seguridad. Iván y las señoras se bajaron. El riesgo para ellos, sin dudas, era altísimo. Por el contrario, para mí era nulo. No creía que el viaje que estábamos haciendo pudiera ser todavía más riesgoso. Hacía tiempo ya que me consideraba un hombre muerto. Que la minivan explotara por la carga del gas comprimido o no, no cambiaba en absoluto la situación. Hasta quizás era un favor que San Judas Tadeo y San Bartolomé me regalaban para ahorrarme más sufrimiento rutero antes del desenlace definitivo.

Si me bajé de la minivan no fue por prevención, sino para disfrutar de estos valiosos últimos minutos. Sediento de paz, bebí del agua de una posible última caminata. Fui al pequeño mercado y no me privé de nada. Compré chocolate, helado y gaseosa con azúcar, para mí y para el resto de los pasajeros, buscando endulzar un poco estas últimas y tristes pinceladas de una vida mediocre e insignificante, fácilmente olvidable hasta para mis contemporáneos. Cruel era el destino. No solo me privaba de algún tipo de relevancia en mi corto paso por este mundo, sino que también me obligaba a ser consciente de ello justo antes de mi partida.

La carga completa de gas en la minivan y la consecuente necesidad de partir me evitó seguir hundiéndome en las depresivas circunstancias del epílogo inminente.

Por supuesto que durante la hora que siguió hubo más. Junto al predominante sentimiento de miedo físico y primario, crecieron dos nuevas

sensaciones que buscaron disputarle la supremacía. La primera, un gran cansancio, producto de una noche demasiado corta, el calor de la mañana y la tensión desgastante del viaje. La segunda, unas intensas náuseas, hijas de lo anterior, pero también de las curvas y del festín de azúcar que acababa de darme.

Lo único que faltaba era que vomitara dentro de la minivan. Puse el resto de mis fuerzas en tratar de evitarlo. Eso profundizaba mi sueño y, por momentos, no podía evitar el cabeceo. El cinturón de seguridad, de relativa utilidad a la hora de salvarme del anunciado choque frontal, servía por lo menos para que el bamboleo de la minivan — en las curvas y pasos a otros vehículos — me evitara caer sobre las señoras armenias que estaban a mi lado. En cualquier caso, esos dos sentimientos eran asfixiados cada varios minutos por las maniobras filodelictivas de Iván.

Yo estaba acorralado. Ya no tenía capacidad de reacción. Lo único que podía hacer era aguantar. Con los brazos sobre el rostro, recibía casi inconsciente los golpes de Iván. Ya no tenía fuerzas ni para sufrir. No esperaba que Iván cambiara su forma de conducir, ni bajarme, ni siquiera continuar viviendo. Lo único que deseaba — mi último y miserable objetivo — era no vomitar. No, no debía hacerlo.

Sobre el final del camino montañoso, estaba casi desvanecido. Veía casi todo negro y el mundo se tambaleaba a mi alrededor, como si hubiera tomado una excesiva cantidad de delicioso vino georgiano. Con dificultad — muy lejos — escuchaba el motor acelerando, los frenos y las bocinas.

Me rendí. Bajé los brazos. «Iván, ya podés dar tu golpe de nocaut», pensé. Lo esperé con infinita calma, casi con deseo. Solo quería que todo terminara. Pero el golpe no llegó, ni llegaría nunca.

En su lugar, una suavidad inesperada se fue apoderando del ambiente. Una milagrosa parsimonia comenzó a envolverme en caricias, algodones y música ambiental.

La montaña había terminado. Entrábamos en la etapa final del camino: una autopista deslumbrante. El camino era recto como la verdad. El pavimento era tan nuevo que daba culpa transitarlo. La pintura era tan brillante como las estrellas de Kajetia.

A mí no me quedaban energías ni para llorar de la emoción. Creo que nunca me había sentido tan pleno como cuando llegamos vivos a Yerevan. La felicidad, siempre tan esquiva, me inundó como un río de lluvias. Sí, la

felicidad, ese momento de excitación desmedida, de irreal convicción, de sueño, de memorias eternas, de hipersensibilidad, de viajes a otras dimensiones.

Decidí que esta nueva vida — una inmerecida segunda oportunidad — comenzaría con un paso atrás. ¿Valía la pena una vida mesurada, medida, recortada por las expectativas? ¿Tenía sentido autolimitarse a la altura de los demás? ¿Importaban, acaso, las consecuencias de no hacerlo? ¿No era la indiferencia ante esas consecuencias, después de todo, el hecho que diferenciaba a los verdaderamente vivos?

Antes de descubrir que Yerevan estaba llena de vida, y de enamorarme al caminar por sus calles, y de disfrutar el agua helada que me regalaban sus inagotables bebederos públicos, antes que todo eso y más, entré al primer local de *souvenirs* que encontré cuando me bajé de la minivan. El negocio exponía innumerables postales. Compré todas las que me gustaron y sus correspondientes estampillas. De entre ellas, elegí la más hermosa. Completé la dirección inolvidable y pegué la estampilla. El mensaje no tuve que pensarlo: «Vieja, te quiero mucho, no sabés cuánto te extraño».

Ladrón de veranos

«*Mi patria es la infancia.*»

Rainer Rilke

Mi patria es el verano. La de algunos será la infancia y será una hermosa frase literaria; no la creeré, pero la envidiaré sin rencores. La de otros será una nación, pero ¿de qué sirven las naciones si nos conducen a la desgracia? Prefiero el verano. Las doradas playas apoyadas sobre la inmensidad del azul salado. La noche romántica que embellece, acechada por la resistencia de la tarde y la impaciencia del amanecer. La desnudez despreocupada del sueño, reposando tranquilo sobre una cama abierta. La luz blanca, los grandes ventanales, las suaves caricias de una brisa reparadora.

Denme el verano y quédense con la infancia y con las naciones. Denme el verano y quédense con el dinero, con el amor y hasta con la felicidad. Denme el verano y quédense con todo lo demás.

No es mi verano una estación. No es una temperatura elevada, ni un definido cuarto del año, cuyos días empiezan y terminan un día veintiuno. Es ante todo una idea. Una actitud. Un regreso lejano, una marea muy alta, un enamoramiento imborrable. Puede abreviar en la primavera. Es la flor favorita descubierta en la calle, la mariposa lanzándose al cielo por primera vez, la fruta madura tomada de un árbol.

Hasta en los ecuaadores, donde el calor es eterno, hay veranos como el mío. Florecen cuando la época de lluvias por fin comienza o ya se está terminando. Son los momentos en que sus habitantes, por fin, logran sobreponerse a la extenuación de las sequías o a la inclemencia de los temporales.

El verano del que hablo es, ante todo, la contracara del invierno. Esa otra idea. Hecha de bajas temperaturas, oscuridad y postergación. Repleta de abrigo, bufandas y calefacción. La horrible sensación de sentirse atrapado en ropas pesadas y transpirado a pesar de las bajas temperaturas.

Una tediosa espera que desemboca casi siempre en fatiga. Un sótano colmado de encierro. Una puertitas abiertas acechadas por la enfermedad.

Qué duda cabe de que el verano se construye a partir del invierno. Uno condiciona la existencia del otro, como el bien condiciona la existencia del mal, o como la felicidad condiciona la existencia de la tristeza. De hecho, estamos hablando siempre de lo mismo: un polo definido a partir de su opuesto. En palabras de Tolstoi: «Dicha y tristeza son solo una, se tienen las dos o ninguna».

Por fortuna, esa filosofía dual no alcanza los territorios de mi existencia. Yo me quedo solo con los veranos. Me los apropio con injusticia, pero sin dudas. Me los robo con convicción. Voy allá donde están comenzando y los tomo aunque no me pertenezcan. Los consumo enteros, con pasión, como si yo mismo los hubiera forjado con mi esfuerzo. Los gozo. Me aprovecho con impunidad de sus verdaderos dueños, aquellos que lo construyeron piedra por piedra mientras padecían la interminable impiedad de la estación blanca. Tantas mañanas tuvieron que levantarse en la oscuridad indolente, sentir los puños penetrantes del frío y exponerse con estoicismo a los soplos tortuosos del viento polar. ¡Pobres desgraciados, tan injusta es la vida!

Pero no soy un juez ni un justiciero. No soy un héroe ni quiero serlo. Para eso están aquellos cuya patria es la justicia. Nada es lo que puedo hacer por mis víctimas. Tan solo exponerles con crueldad inmoral el rostro de la injusticia. Volverme el representante vivo del abuso.

A veces caigo en la tentación de justificarme. Tomo aquello que no me corresponde, pero no se lo saco a nadie. Los veranos no son menos calurosos por mi presencia, ni los inviernos más crueles. Sería un gran argumento si pudiera ser verdadero. La injusticia, aunque simbólica, es uno de los afluentes fundamentales de la insatisfacción.

De una forma u otra, tengo muy claro que soy un mísero egoísta. Me limito a alimentar la pequeña llama en el viento que es mi vida. No puedo permitir que se apague. Eso ya me representa un enorme esfuerzo. No tengo energías sobrantes para los demás.

Así es como, en compañía de mi miseria y de mi pequeña valija de ropa, arribo a las sociedades temporalmente ricas de verano. En cualquiera de ellas, me presento con autoridad. ¡Quiero sus riquezas veraniegas y las quiero de inmediato! Sus habitantes pálidos me las ofrecen con ingenuidad,

casi con ceguera. Para accederlas con mayor comodidad, busco un departamento bien ubicado, en lo posible rodeado de árboles. Si es junto al mar o junto al río, tanto mejor. Ya establecido, me subo con convicción a la ola de liberación y festejo.

Me robo los días largos, el verde intenso y el perfume de las flores. Me robo los festivales, la música en la calle y la noche voluptuosa. Me robo esas semanas cuyos días son siempre viernes. Me robo las mujeres radiantes, ávidas de amor y aventuras. Me robo todo esto y más en las propias narices de los únicos dueños, sin que nadie me lo reproche, sin que nadie siquiera se dé cuenta. Tanta es la permisividad de estas poblaciones que, a menudo, les termino confesando mi delito.

Ocurre que, a pesar de todo, soy demasiado transparente. Soy un criminal, pero no un hipócrita. Admito mis culpas con completa honestidad. Ante la impredecibilidad del ser humano, la dura verdad es una elección sólida y elegante. Parece mentira, justamente, que tan pocos la elijan.

Cada día del verano me relaciono con nuevas personas. Lo hago contaminado por esa inconveniente tendencia a la verdad. De manera invariable, me preguntan qué estoy haciendo en su ciudad.

«Vine a pasar el verano», les contesto. Las personas sonríen. Creen que soy un simple turista. La simplificación brutal me beneficia. Si un día llegara a necesitar de algún tipo de protección, el turismo sería un hermoso disfraz y una excelente coartada.

«La mejor época para estar aquí», aprueban de una forma u otra, con diferentes tipos de comentarios.

«Sí, vine a robarles el verano», les amplió el alcance de mi respuesta. Las personas se ríen. Entonces yo también me río, aunque no me parezca gracioso. Curiosa fortuna la de hacer reír con una verdad dolorosa.

«Me robo todo el verano, hasta la última gota, y luego me voy. El invierno se los dejo a ustedes», sigo avanzando en el blanqueo de mi delito. Muchos ríen aún más, inclusive hasta la carcajada.

«No me gustan la nieve, la oscuridad, ni la reclusión. Tampoco el desánimo. Siento que me conducen a la muerte», redondeo la explicación. Es en este punto cuando muchos dejan de reír, o ríen desacelerando, como replegando con lentitud una risa que habían liberado demasiado pronto. Sí, es como si sospecharan que los motivos para reír han terminado y es hora de volver hacia la seguridad de la compostura, en lo posible con decoro. Sin

quererlo, algunos dejan traslucir que una desesperación les avanza por dentro. Una lejana parte de ellos, tal vez inconsciente, comienza a comprender y se manifiesta en los rincones más esenciales de sus caras.

En ese punto debería detenerme. Pero no lo hago. Continúo con la cruda descripción de mi saqueo hasta la devastación total de mis interlocutores. Me transformo en un asesino desenfrenado que, en su descontrol, añade una centena de puñaladas innecesarias. Me abandono al redundante placer de la alevosía. Me convierto en Alejandro y ellos en Tebas. Los asedio hasta desaparecerlos, hasta borrarlos del mapa y de la historia. De ningún modo lo hago para lastimarlos. Tampoco para pavonearme. Yo no sería nada sin ellos. Si no tuviera más remedio que justificarme, diría que lo hago para alertarlos. O más probable todavía, diría que lo hago para alertarme a mí mismo: nunca, jamás, debo permitirme ser ellos.

Cuando las personas ya están arrasadas, se retiran como pueden de la conversación. Deambulan con la mirada perdida, rebotando en los diferentes grupos sin poder encajar en ninguno, o aceleran la bebida. En ningún caso vuelven a acercarse a mí.

Por supuesto, hay excepciones. Son los ambiciosos. Aquellos que, inspirados en la historia delincidencial que acabo de contarles, desean dejar el bando de la gelidez recurrente. Buscan rebelarse a la ley de los hechos tristes. Vuelven a mí con insistencia y desparpajo, con determinación e inocencia. Quieren saber más. Me preguntan detalles sobre los cómo, los cuándo y los por qué. Hacen crecer en mí simpatía y curiosidad. Yo trato de ayudarlos, sobre todo haciéndoles entender que no hay nada extraordinario en mi persona ni en mi accionar.

Así transcurre el verano.

Cuando la estación dorada se encamina hacia el ocaso, entonces me marcho. Abandono esas tierras otoñales y a sus habitantes. Los dejo que declinen en soledad hacia un nuevo invierno. Y ellos van, mansos, hacia ese gris extenso que tendrán que atravesar para merecer el próximo verano. Lo construirán con rutinario esfuerzo, tal vez con el único propósito de que yo pueda robárselos. Mientras ese destino de sombras los alcanza, yo me alejo con los bolsillos llenos de verano, sin necesidad de fugas ni escapes. Me ausento plácido, elegante, como un caballero de guantes blancos. Me entrego a la incesante búsqueda de nuevos botines. Los veranos decrepitos

van quedando a mis espaldas, mientras se abren delante veranos adolescentes que saben a capullo.

Robar veranos es un crimen que permanece sin castigo. Cualquier extraño puede andar por el mundo haciéndolo. Las sociedades todavía no han percibido la injusticia que esa posibilidad representa. Para comprender el daño, no hace falta más que imaginar lo que ocurriría si todos lo hiciéramos al mismo tiempo.

Idéntica situación, pero en reverso, se da en mi lugar de origen. Mientras invado tierras extrañas para recaudar veranos ajenos, escapo del crudo invierno de mi remota comarca. Al mismo tiempo que mis compatriotas padecen los fríos polares, yo me debato entre las miles de islas ecuatoriales cuyas playas intiman con el turquesa interminable. Por supuesto, a pesar de mis declaraciones verano-patrióticas, todavía me debo a ese confin del mundo. Sus habitantes son mis hermanos. Pero también a ellos los estafo. Los dejo solos, haciéndose cargo de los helados rigores y de los recurrentes problemas de aquel terruño distante. De un modo por demás teórico, diría que lo siento, pero la más pura verdad es que no me importa. Y tampoco le importa a la ley, que también allí es laxa y me ampara.

La única que sí castiga a los ladrones de veranos es la economía. Se puede engañar a la psicología, a la sociología y a la filosofía, pero no a la economía. Los mercaderes son los únicos que se han percatado de este injustificado desbalance y lo penan de una manera legal, sutil y conveniente: subiendo los precios.

¿Cómo hago para vivir de verano en verano? Muy simple. Cuando el verano usurpado se marchita, me paro frente al mapa y me dejo invadir por la adrenalina del hemisferio opuesto. Paseo mis ojos sobre algunos de los veranos que están comenzando y elijo uno. Entonces, voy hacia él sin condiciones. Sin peros. El resto de la existencia se convierte en una mera consecuencia operativa de la elección principal. No tiene más remedio que adaptarse.

Si necesito caminar para viajar, camino. Si necesito hacer dedo, hago. Si necesito pasar sesenta horas en un micro, las paso. Porque el camino es un hermoso regalo cuando el verano se levanta en el horizonte.

Si necesito trabajar, trabajo. De lo que sea. Porque lo importante no es el trabajo, sino el abrigo del sol.

Si debo dormir en una cama austera, o en el piso, duermo. Porque hay tan solo un lujo verdadero. Y no hay mejor techo que un cielo templado y abierto.

Si debo comer lo básico, como. Si debo beber agua, bebo. Pero que esté fría, por favor.

Si por ir de verano en verano se me acorta la vida, que se acorte. Porque la vida se cuenta en veranos. Y de ella tampoco quiero el invierno.

Cuando pongo la proa hacia el verano, los cómo se van abriendo camino por sobre el mar de los inconvenientes. Uno a uno, van quedando atrás, como suaves ondas que se pierden en el horizonte del pasado. Pero más fuerte que el avance sobre los obstáculos es la simple carencia de caminos alternativos. ¡Tanto más duro, hasta el punto de lo imposible, sería hacer algo distinto! ¡Tan inaceptable me resultaría acoplarme a la vida razonable que me propone el invierno! ¡Con tanta seriedad me plantearía la mismísima muerte como una alternativa superadora!

Sospecho que otras patrias también pueden ser dignas de lealtad. La patria de la pasión o de la utopía, por mencionar algunas. ¡Bienaventurados sus patriotas! Yo, tal vez limitado o desdichado al fin, tan solo he descubierto esta, la del verano perpetuo.

Siento que ya me he extendido demasiado. Es hora de que este escrito llegue a su fin.

Si es verano, es posible que estemos muy cerca. Encontrémonos. Pero sobre todo disfruta, porque se acabará pronto.

Si es invierno, te saludo desde el otro hemisferio. Bajo la protección del cielo estrellado y con una copa de vino en la mano, brindo a tu salud y te agradezco eternamente.

Arquitectura de la Venganza

«Diga lo que quiera de mí el común de los mortales, pues no ignoro cuán mal hablan de la Estulticia incluso los más estultos.»

La Estulticia, en el libro Encomio de la Estulticia, de Erasmo de Rotterdam.

También mal hablan de mí los mortales, incluso los más vengativos. No saben, o no quieren saber, que no hay mortal que no me lleve consigo; que soy una parte inescindible del espíritu humano; que acudir a mí, a menudo, significa la única oportunidad de alcanzar el noble ideal de la justicia; que el honor, a veces, es más importante que la vida misma; que mi existencia es una precondition indispensable para la grandeza humana. Tan deseable soy a veces, tan necesaria, que renunciar a mí significa la magnanimidad. Tan grises serían los mortales si no fuera porque vivo agazapada junto a sus conciencias. La literatura, el drama en general, el borroso límite entre la vida y la muerte, y muchos otros, me sitúan en un justo altar. No lo duden ni un segundo: soy la Venganza.

No me propongo con esta declaración sofistearos, como lo hiciera mi colega la Estulticia (hija de la Locura y la Estupidez) hace quinientos años. No deseo celebrar dioses ni héroes, ni tampoco divagar sobre mis progenitores o sobre mi lugar de origen. El tiempo es escaso. No quiero obligaros a escuchar sobre mi educación ni sobre mi séquito. ¿Y sobre el Amor Propio? Eso quizás sí, un poco. Pero tened por seguro que no deseo hablar contra la filosofía ni contra la ciencia. Tampoco contra los teólogos, los religiosos o los monjes. No vengo, de modo alguno, a despreciar a las mujeres; por el contrario, me siento seriamente identificada con ellas. Tampoco a tratar de convenceros durante interminables capítulos sobre los beneficios de mi existencia. Por sobre todas las cosas, no vengo a encomiarme.

Me tiene sin cuidado lo que haga la Estulticia. No es mi propósito juzgarla, ni mucho menos emularla. No podría hacer aunque quisiera, ella es mucho más risueña, distraída y ocurrente, va por la vida bailando,

bebiendo y riendo. Desdramatizando. Burlándose de extremistas como yo. Lo mío siempre ha sido más brutal y contundente. Y esta no será la excepción.

Por sobre todas las cosas, me interesa esclarecer los acontecimientos ocurridos entre don Juan Manuel Herrera y el alemán barbudo, descritos en el vulgar relato titulado *Duelo de venganzas*, cuyo autor es el mismo don Juan Manuel. El argumento de la historia lo resumiré unos párrafos más adelante. Tan solo dejadme adelantaros que la historia es verídica. Y que me tiene como protagonista fundamental, aunque el autor sugiera mi existencia casi por casualidad, como una accidentada consecuencia de la olla de grillos que es su pensamiento.

No despliego este ejercicio explicativo por caridad informativa. No es de mi interés, bajo ningún punto de vista, formaros. Lo que de veras me interesa es evitaros las mezcolanzas de don Juan Manuel sobre temas importantes. Su confusión conceptual lo conduce a la incomprensión de los escenarios que plantea y, como efecto inevitable, deriva hacia el país de las decisiones equivocadas. ¿Y a dónde puede llevarnos el desacierto si no es a la desgracia? Para lograr tal cometido, me propongo desvestirme ante vosotros. Ahondar en la naturaleza de mi existencia, es decir, en mis motivaciones y mi comportamiento. Al final de estas líneas, podréis continuar con vuestra vida portando una cabal comprensión de quién soy, cómo me desenvuelvo y por qué. De ese modo, sabréis manejar con mayor sabiduría los impulsos de vuestras venganzas internas. Pequeños demonios como yo que siempre os acompañarán. Con la bendición de esta información y un poco de suerte, evitaréis encarcelamientos, muertes y, lo peor de todo, arrepentimientos.

¿Por qué me importa ayudaros? Porque, como podéis apreciar, yo también padezco de problemas existenciales. Como le ocurre a los mortales básicamente realizados, soy una víctima del absurdo. Aunque tengo una brutal comprensión de mi misión, desconozco la motivación última de mi existencia. Y sospecho que nunca podré conocerla. Entonces, me vuelco a la tentadora utopía de la trascendencia. Me insufla aires de grandeza condenados a la frustración. Elijo creer, como don Juan Manuel, que a través de mis palabras puedo dejar una estela importante tras de mí. Llego a creer que si mi intervención aquí hace de una sola vida algo mejor, mi

impenetrable existir estará justificado, aunque más no sea entre la forastera raza de los mortales.

¿Y por qué predico entre vosotros, seres enfermizos y a menudo tristes? Porque, a pesar de vuestras miserias — algunas de las más terribles me tienen como protagonista —, sois las únicas entidades verdaderamente impredecibles. Las únicas capaces de ser influenciadas hasta extremos inimaginables en una infinidad de direcciones. ¡Tan previsibles son los dioses y las pasiones! En cambio, los mortales podéis girar por completo en cualquier momento, por motivos de lo más arbitrarios y emocionantes. Podéis, por ejemplo, entregar vuestra propia vida (y con ello la mía) a una causa que consideréis justa, aunque más no sea un puñado de insensateces. Mis amores. Como si la justicia existiera. Como si a alguien le pudiera importar lo que unos setenta kilos de carne condenados a desaparecer puedan hacer en algún rincón del universo inabarcable. Vosotros los mortales sois seres contradictorios e inspiradores, cuyos corazones vale la pena disputar a cada instante.

Nosotras las venganzas, en cambio, somos de una rigidez agobiante. Carecemos de un futuro abierto, es decir, de libertad. Estamos condenadas a cultivar la ira, promover el rencor y propiciar el castigo. La pulsión de daño no es más que un destino. Somos Sísifo, empujando cuesta arriba la piedra de la punición. Solo obedecemos una ley en el mundo y en la historia: la del Talión. Tan árida es nuestra existencia, tan gris la gama de nuestras posibilidades, que hacen de nuestra vida un gigantesco desierto de furias. Vosotros, los mortales que habitamos, sois el único oasis de dónde beber un poco del agua de la aventura. ¿Qué sería de nosotras, las venganzas, sin vuestra locura?

Deseo ahora adentrarme en el corazón de esta intervención. Se torna indispensable comenzar por rectificarme. Mi autodefinición como *la Venganza* no es del todo correcta. Es tan solo una eficaz aproximación, un primer esbozo que busca ayudaros tan solo a tener una primera imagen de mí. Con este objetivo ya alcanzado, estoy en condiciones de decir que soy *la venganza de don Juan Manuel Herrera en el caso del alemán barbudo*. Un nombre tal vez demasiado largo, algo así como la titulación de un expediente judicial humano.

Mi verdadero nombre encierra los tres niveles en los que se organiza la Venganza. Con un poco de atención, esos tres niveles pueden inferirse.

Soy una venganza. Vivo en don Juan Manuel Herrera. La razón de mi existencia es el caso del alemán barbudo. De los tres niveles, yo vivo en el escalón más bajo, el de las venganzas más específicas.

En el escalón más alto de la Venganza se encuentra la Venganza Absoluta. A veces, referida solo como la Absoluta. Se trata de una entidad abstracta, conceptual, nunca encarnada en el plano material del cosmos. Ubicada más allá de los dilemas, constituye la idea última de venganza, su definición. Así como los mortales tienen a sus dioses, nosotros tenemos a la Absoluta. No en el pedestal de una creadora o salvadora, sino en el de una referencia común que nos ayuda a mantenernos aglutinadas. Y tal vez a darnos alguna clase de identidad compartida.

La Absoluta es inaccesible. No es posible contemplarla, y no porque se esconda. Tampoco pedirle consejo, ya que no se manifiesta de ninguna forma. Nunca la encontrarán desgranando una pieza argumental como esta. Y eso tiene mucho sentido. El silencio es la mejor estrategia para evitar divisiones. Sería de una gravedad inusitada que el masivo pueblo de la Venganza se expusiera a un cisma. Es posible que la existencia de este principio sea la demostración manifiesta de su sabiduría. O de su inexistencia, aunque con esto corra el riesgo de sonar blasfema. Mis palabras podrían ser tildadas de heréticas, pero no dejarían de ser la pura verdad: muchas veces, siento que la Absoluta no existe. Si no fuera por nuestra completa falta de ambiciones, las venganzas de los estamentos inferiores caeríamos en su lícito cuestionamiento.

Creemos eterna a la Absoluta. Siempre ha existido y siempre existirá. Está más allá de los mortales. Se la puede encontrar a la altura de una noción metafísica y, por lo tanto, se autocontiene. Discutir su fortaleza significa no entender de qué estamos hablando. Cualquier discusión por el estilo es distraerse en otra dimensión, abandonar el sentido. En momentos de zozobra, se constituye como un refugio de esperanza y un conveniente — por lo impreciso — espejo donde mirarse.

En el siguiente escalón, el intermedio, se encuentra la Venganza Humanidad. Se trata de instancias de la Absoluta que habitan en cada uno de los mortales. Venganzas más concretas y delineadas. Establecen una relación de uno a uno con los humanos. Cada una de estas venganzas desarrolla su propio carácter, de acuerdo a las características específicas del mortal habitado. Cada uno de ellos es un campo de batalla, un debate

parlamentario, una partida de ajedrez. En su interior, se toman decisiones todo el tiempo. Es destino de la Venganza Humanidad intervenir y hacer prevalecer el milenarismo criterio del ojo por ojo. Se trata de un paciente trabajo de orfebre, por medio del cual se enhebra una sutil presión permanente sobre la conciencia del anfitrión.

La Venganza Humanidad no opera sobre casos particulares. En cambio, promueve la idea general de venganza en el mortal habitado. Día a día, entre susurros, refuerza los argumentos que prueban sus bondades. Opera. Ante conflictos ajenos, relata los acontecimientos de un modo que solo puede conducir a la necesidad del castigo por la mano propia. Sin excepción, desgasta la idea del perdón. Ridiculiza el cristiano recurso pacificador de ofrecer la otra mejilla. Es un adoctrinamiento cultural. Prepara el terreno para que la llegada de los casos particulares no representen una sorpresa, sino un momento largamente esperado, cuyas consecuencias no pueden ser otras que la violencia.

Así como los países tienen presidentes, los mortales tienen Venganzas Humanidad que dirigen de un modo amplio sus políticas de venganza, las cuales son en verdad solo una: vengarse siempre, como sea y a cualquier precio.

La Venganza Humanidad nace y muere con el mortal que habita. A pesar de semejante grado de intimidad, no se involucra sentimentalmente con su anfitrión. No comparte sus objetivos, ni sus deseos, ni siquiera la necesidad primaria de la supervivencia. Si para ejecutar una venganza todos — el mortal que habita, ella misma y otros — deben morir, no dudará ni un instante en levantar el puño y avanzar gritando hacia el último cadalso.

Finalmente, en el tercer y último escalón de las jerarquías vendetianas se encuentra la Venganza Caso. La más granular de las venganzas. Tiene el menor poder general, pero el mayor poder particular. Dentro de cada uno de los mortales, se desatan a lo largo de su vida miles de situaciones que exigen justicia. Para cada una de esas situaciones nace una pequeña Venganza Caso. Su razón de ser consiste en cumplir el invariable albedrío de la Venganza Humanidad (y en un sentido más amplio y filosófico, de la Absoluta). Es la micro-ejecutora de una organizada voluntad superior, su incansable operaria. La hormiga obrera de una masiva colonia llamada Venganza. La primera línea de fuego de una armada que no duda en repudiar el futuro y la civilización; los mortales, para no perder su

humanidad, deben preservar sus instintos más primarios, sean virtuosos o ruines.

Yo soy una Venganza Caso. Aquí vivo, esta es mi tribu y mi hogar. No mi comunidad, ya que las de mi clase no interactuamos. Estamos demasiado ocupadas en propiciar la revancha como para distraernos en cuestiones sociales.

Algunas Venganzas Caso sospechan que la existencia de la Absoluta es una mera invención de las Venganzas Humanidad. Un recurso discursivo para un mayor control de nuestro accionar. A pesar de mis propios cuestionamientos, desestimo esta posibilidad. Las Venganzas Caso somos tan obtusas que jamás necesitaríamos de este tipo de manipulación para continuar haciendo nuestro trabajo. ¿Qué otra cosa podríamos hacer, a fin de cuentas, ante una hipotética liberación de nuestras creencias?

Las Venganzas Caso nos sabemos condenadas a desaparecer desde un primer momento. Esto ocurre — vaya paradoja — cuando somos exitosas: al vengarse un mortal para un caso específico, la Venganza Caso asociada a él no tiene más remedio que morir. De no ejecutarse nunca ese desenlace, la venganza en cuestión sobrevive junto al mortal hasta el último de sus días, machacando en su conciencia sobre la obligación vital de no partir hacia de este mundo sin el bálsamo de la justicia.

Esa es, mis amigos, la arquitectura de la Venganza.

Ya estamos en condiciones de volver a la historia de don Juan Manuel. De ningún modo es necesario conocer sus detalles, aunque es posible que ya hayan caído en la relativa astucia del autor para capturar distraídos y someterlos a la lectura de sus equivocaciones. En caso de que aún estéis a salvo, os ahorraré el suplicio y os resumiré el argumento en este único párrafo. En el relato, don Juan Manuel expone — con exceso de detalles y variopintas limitaciones literarias — la historia de un contrapunto de venganzas. Su adversario, el alemán barbudo, es hipotético; solo existe con certeza en la problemática cabeza del autor. Por razones carentes de importancia, las bicicletas de don Juan Manuel y el alemán barbudo quedan atadas, juntas, con sus dos cadenas respectivas. La esgrima psicológica — muchos aburridos modernos hablarían de «teoría de juegos» — consiste en la tentación cruzada de sostener el bloqueo de las bicicletas con el único objetivo de dañar al adversario, aun al precio del propio daño. Asumiendo, inclusive, el riesgo de que el conflicto escale y se salga de control.

Finalmente, de un modo poco creíble, el autor concluye que la mejor venganza hacia el alemán barbudo consiste en evitar la reacción y, con ello, impedir su descarga. Por si no fuera suficiente, arguye iluminación al concebir que la venganza suprema no es ni siquiera esa, sino la creación de una obra de arte a partir del conflicto. Montarse sobre la venganza para dar lugar al milagro de la creación. No solo evitar la guerra, sino embellecer el mundo. Esta revelación lo eleva por encima de tan bajas pasiones y, gracias a ello, lo corona como el vencedor indiscutible de la refriega. Su victoria es entonces filosófica y, por lo tanto, fundamental. Un argumento de un infantilismo sobrecogedor.

¿Acaso alguien puede vivir en paz, pintando un cuadro, luego de padecer una afrenta imperdonable? No, mis amigos, esto puede ser una hermosa posibilidad en el mundo de las ideas, pero de ningún modo en el nervioso mundo de la realidad. No hay cuerpo que resista semejantes evasiones. Los estómagos, los corazones o las cabezas terminan por estallar. Las células del cuerpo degeneran y se expanden. Ya no hablamos de honor o de justicia, sino de la salud más elemental. Pero hay más. Mirémoslo desde la perspectiva del alemán barbudo: ¿qué clase de mortal se queda compungido por no obtener reacciones a un mal que ha realizado? Dejadme daros una pista: ¡ninguno! Para los mortales, no hay mejor escenario que el de hacer un mal — sea por venganza o no — sin temer a las represalias. Para estar seguros de que no me equivoco, pensad lo mismo pero de un modo inverso: ¡cuántos más males harían los mortales si no temieran un castigo como respuesta!

Por el ya detallado origen de mi existencia, he vivenciado el conflicto con el alemán barbudo desde una posición de privilegio. Creedme cuando os digo que solo había un camino aceptable: la venganza feroz e incondicional. Jamás creí en la superioridad de la pasividad deliberada o de la creación artística como respuesta a la imperdonable afrenta de nuestro adversario. Nada ni nadie hubiera podido hacerme cambiar de parecer. El día que encontramos las bicicletas encadenadas, fui dada a luz como un vendaval atronador. Quería la muerte lisa y llana del alemán barbudo. Quería su sufrimiento, su tortura, su destrucción más irracional y descarnada. Quería que arda, junto a su bicicleta, su auto y su casa. Quería salvar su cabeza y exponerla en una pica, como hacían los hombres de verdad hace cientos de años.

¿Quiénes eran entonces las fuerzas que alentaban esa retracción cobarde presentada bajo los suntuosos ropajes de la magnanimidad? ¿Acaso el Perdón? No. ¿Tal vez la Grandeza? Tampoco. ¿Era el Amor Propio, de quien ya hablamos al principio? Diría que casi: era el Orgullo, alentado por la Idealización y el Romanticismo. Don Juan Manuel era un mortal por demás orgulloso. A veces, inclusive, su orgullo cruzaba la nebulosa frontera con la Soberbia. Creía ser mejor que el alemán barbudo y estaba resuelto a demostrarlo. No iba a rebajarse a su nivel. No iba a destrozarle la bicicleta, ni a bloqueársela, ni a buscarlo para molerlo a golpes. Para él, el Orgullo era más importante que la Venganza. O tal vez era su forma — equivocada — de entenderla.

En cierto sentido, puedo comprender la confusión de don Juan Manuel. Por lo general, soy socia de el Orgullo. Es él quien busca asociarse conmigo para remediar las heridas que puedan haberle infligido. Sin embargo, bajo ciertas circunstancias, el Orgullo es presa de sí mismo y cree que debe ir más allá de la aspereza de mis recursos. En esas ocasiones, subido al carro de la Soberbia, usa la palabra «ultramontana» para describirme. Yo no me inmuta. Son meros artilugios retóricos para bajar el precio de lo indiscutible: mi eficacia.

La viva confusión sobre mi delineamiento dura hasta el mismo final de la historia. En el último párrafo, don Juan Manuel habla de «venganza orgullosa». No logra separarme del Orgullo. Aun en su desorden mental, todavía puede reconocer mi voz firme. Me niego a darme por satisfecha. Le advierto que esto no ha terminado. La voz del Orgullo también se hace oír. Interfiere. Continúa predicando sus tontas ideas sobre la creación artística como castigo superador. Habla de volver a Alemania, de imprimir libros, de repartirlos por la ciudad hasta que encuentren al alemán barbudo. La confusión persiste.

Don Juan Manuel no llega a comprender — y espero que vosotros sí podáis hacerlo — que la Venganza nunca, nunca, nunca, se conforma con trucos. Nunca.

Treinta, treinta, treinta

Para los bomberos voluntarios.

«Hemos ganado.»

Filípides, justo antes de caer muerto.

Sábado, tres de la mañana. Díaz duerme sin profundidad junto a su esposa. Hace años que ha perdido la capacidad de entregarse al sueño por completo. Más precisamente, desde que es bombero voluntario.

Suena el *handy*: «estamos en emergencia». El sueño superficial le permite a Díaz levantarse muy rápido, aunque no se despierte del todo. Cuando se levanta, pisa la pata de uno de sus perros. El perro grita. Díaz trastabilla y cae hacia atrás. Se golpea fuerte la cabeza con la mesa de luz y queda tendido en el suelo. Pasa un segundo. Díaz vuelve en sí y se levanta apurado. Hierve de ira pasajera e infundada contra su amado perro. Durante otro segundo, lo agarra del cuello con firmeza pero sin apretar, le acerca la cara todo lo que puede y le aspira un sonido sin vocales que significa «¡Te voy a reventar a vos!». En la oscuridad de la noche, ve los ojos perrunos que lo miran con incomprendida culpa. Al final, sin dejar de apretar los dientes, le da un beso en la frente. Luego, con un paso largo, le pasa por encima. En su camino hacia la puerta de la habitación, se golpea la tibia con la punta de la cama. Quiere llorar de dolor, pero no tiene tiempo. A pesar de todo, no ha dicho ni una palabra. Por eso se puede interpretar que su esposa está medio dormida cuando le dice:

— Díaz, habla más bajo.

El bombero ni la escucha. Sale de la casa como está vestido, con un pantalón corto y una camiseta blanca. Corre como puede, porque el dolor en la tibia todavía es inmenso. Aún no se ha dado cuenta de que un grueso hilo de sangre le baja por la cara desde la cabeza. Se sube al auto viejo y arranca. Conduce de memoria. Durante el trayecto, no piensa en casi nada. O mejor dicho, piensa en una sola cosa: «¿Para qué me metí en esto?». Es lo mismo que piensa cada vez que tiene que levantarse en medio de la

noche, en medio de una comida, en medio de un día de descanso junto a su familia. A veces, inclusive, en medio de Navidad o Año Nuevo. En menos de tres minutos, Díaz llega al Cuartel de Bomberos Voluntarios de la Ciudad de Los Pinos.

Los Pinos es una pequeña ciudad del interior árido de la Argentina. Tiene la particularidad de levantarse en el medio de un bosque creado por la laboriosa mano del hombre. Es una especie de oasis en medio del desierto. Esa curiosidad, sumada a la belleza del bosque, ha hecho de Los Pinos una ciudad turística de cierto renombre. Cada temporada, miles de turistas llegan a sus cabañas de madera, desde donde no solo disfrutan del bosque, sino también del río y los pequeños lagos cercanos. La contracara de tantas posibilidades es el constante riesgo de incendios. La naturaleza no ha previsto que ese rincón de la tierra tenga un bosque. Ni ha previsto que semejante peligro se localice en la República Argentina.

Díaz se estaciona frente al edificio del cuartel y se baja del auto. Su estado es lamentable. Todavía no se ha despertado del todo. Está muy despeinado. Su cara y su camiseta están ensangrentadas. Suda debido a la adrenalina, a los golpes, a la corrida, pero sobre todo al calor.

Es verano y la temperatura ha permanecido cerca de los cuarenta grados los últimos días. De madrugada suele refrescar en Los Pinos, pero las últimas dos noches la temperatura no ha bajado de los treinta grados. Es por eso que el fuego del viernes por la tarde, que parecía bajo control, se ha reactivado. Para ser más precisos, está fuera de control. Las condiciones climáticas adversas son de manual: treinta grados de temperatura, treinta por ciento de humedad y un viento de treinta kilómetros por hora.

El camión de los bomberos está listo para salir. La sirena está sonando. Díaz hace señas para que lo esperen.

— Dale Díaz, mové el *bumbum*, que si no vas a tener que volver con la *jabru* — le grita Risitas, el conductor del camión y el bromista del grupo.

Díaz está demasiado concentrado como para registrar el comentario. Corre hacia el interior del cuartel. Busca su casillero, donde debería estar esperándolo su uniforme de bombero. Cuando llega, no hay nada. Alguien ha tomado su ropa y su casco.

— La puta madre.

Díaz no se debate demasiado. Agarra la primera ropa que ve disponible, sin saber a quién pertenece, y se la pone a gran velocidad. Le queda un poco chica, pero eso no lo detiene. Vuelve para treparse al camión. Cuando salta, siente cómo el pantalón se raja en la zona de la entrepierna. Se da cuenta, pero no hace ni un gesto. Tal vez ya había asumido que eso pasaría. Aunque está prohibido por las normas de seguridad, Díaz va parado, colgado del camión, como en los viejos tiempos.

— No me rompan las pelotas — contesta cada vez que se lo señalan.

Risitas conduce el camión a gran velocidad. Cuando no es bombero, se dedica a pintar casas. A su derecha en el camión, y bajo su mando, se ubica Rico. Rico no es un apellido, sino un apodo. Se trata de uno de los habitantes más acaudalados de Los Pinos. Empujado por el sentido de la responsabilidad que da el privilegio o por la simple necesidad de emociones, Rico es desde hace años un miembro firme del cuerpo. En el camión, además de asistir a Risitas, es el encargado de tocar el botón de la sirena. Aunque parezca difícil de creer, la sirena todavía se acciona con un botón manual.

Apenas el camión alcanza un claro en el bosque, Díaz puede ver la columna de humo. Al fuego no lo ve sino a través del resplandor sobre ese mismo humo que asciende hacia el cielo estrellado. Díaz se detiene en las estrellas: tan hermoso es el fuego cuando está lejos. Pero más se detiene en el cielo abierto, en la falta de nubes, en las nulas perspectivas de lluvia. Y detrás de ello ve todavía más: la promesa de una extenuante lucha contra el fuego.

Mientras Díaz se adelanta de manera innecesaria al futuro, el camión se aproxima muy lentamente al punto de encuentro con los demás bomberos. La lentitud no obedece a la peligrosidad del fuego que avanza, si no a que Risitas está perdido. El camión da vueltas sobre el intrincado trazado de calles de Los Pinos como quien busca la salida de un laberinto. Risitas ya no se ríe, ni recurre al «código Q» para pedir precisiones por el *handy*:

— La puta que lo parió, Gordo, decime bien dónde carajo están porque si no, cuando llegue, les paso el camión por encima.

El Gordo ya está en el punto de encuentro. No es difícil adivinar que el Gordo es gordo. Más difícil es saber por qué es el único bombero con ese apodo, ya que muchos de los bomberos de Los Pinos — la mayoría — están

excedidos de peso. Seamos justos: no más que la población argentina promedio, a la que representan. Más de una vez se han propuesto el entrenamiento colectivo, el asesoramiento general de algún nutricionista amigo, pero todo ha terminado en ravioles, asado y vino.

Tampoco es difícil advertir que entre los bomberos de Los Pinos no existen los nombres. Tan solo los apellidos o los apodos. Inclusive para el poco original caso del Jefe.

Nadie recuerda bien cómo se llama el Jefe. Es el Jefe y punto. Un pequeño grupo de bomberos lo rodea en el punto de encuentro. A lo lejos todavía, Díaz solo puede identificar al Jefe, al Gordo y, por supuesto, a Ortiboza.

Ortiboza es el apodo de Ortigoza. Y el «por supuesto» se debe a que Ortiboza siempre llega primero. Lo hace con su propio vehículo, a pesar de que eso no está permitido. Necesita — literalmente — llegar primero al lugar, tener la primicia, estar en control de la situación. No solo informa de inmediato a sus superiores, sino también a los medios, con quienes mantiene una línea directa. Ama dar notas a diarios, radios y canales de televisión, sobre todo si se trata de medios nacionales. Durante el día, cuando se supone que es un mero ciudadano más, viste siempre la ropa de los bomberos. Adora recibir reconocimiento público. Acepta con falsa humildad los privilegios que le otorgan los comerciantes de la zona. Muchos comercios e instituciones (como los clubes deportivos) ofrecen descuentos y beneficios para los bomberos. Durante los últimos años estos han sido recortados, o suspendidos, debido a los abusos de Ortiboza.

Ortiboza suele indignarse cuando alguien lo contradice en la vía pública. Acude siempre a su condición de bombero para victimizarse, más allá de que el eventual conflicto tenga que ver, o no, con la institución.

— Esto es una vergüenza. Al final, uno como bombero arriesga su vida por los demás y así es como le pagan — dice esencialmente cada vez que tiene una discusión en la calle. Por lo general, luego de decir estas palabras da por terminada la discusión y se marcha, sobre todo cuando no hay perspectivas de que su contendiente acceda a modificar su postura.

Es evidente que Ortiboza no es muy querido entre sus compañeros. Sin embargo, su monumental egocentrismo (es decir, su completa indiferencia ante la opinión ajena), su eficaz accionar como bombero y la limitada cantidad de bomberos voluntarios lo sostienen en su puesto.

Los bomberos que acaban de llegar bajan del camión y se acercan al grupo que se orienta hacia el Jefe. Ortiboza les da la bienvenida:

— Cómo tardaron muchachos, ¿qué pasó? — les dice, sin esperar respuesta, antes de proceder a resumir el estado crítico de la situación.

— Pasó que no encontraba mis ganas de cagarte a trompadas, Ortiboza; pero al final pude encontrarlas y las traje todas — sale al cruce Díaz.

— A ver si se dejan de joder, que estamos hasta las pelotas — arbitra el Jefe para clausurar el entredicho.

El Jefe está en el centro. Suda. Como en el caso de Díaz, transpira debido a la adrenalina y a la clásica corrida inicial, pero además por la responsabilidad a la que se enfrenta: el incendio es muy grande y amenaza, como mínimo, el norte poblado de la ciudad. Por si esto fuera poco, el Jefe está golpeado por el alcohol. Así es: el Jefe lleva puestas, por lo menos, dos botellas de vino tinto.

La figura del Jefe, como la de tantos otros héroes declinantes, contrapesa un pasado de gloria con un presente bastante bochornoso. Su decadencia actual no alcanza todavía a borrar los logros del pasado, cuando todavía luchaba por ciertos ideales. Por supuesto, es fácil tener ideales cuando uno es joven, fuerte y libre, cuando uno tiene energía y tiempo para derrochar sin consecuencias; en resumen, cuando uno todavía cree que sus esfuerzos tienen algún tipo de sentido.

En ese pasado dorado de su vida, el Jefe había sido un luchador incansable. Desde su posición de suboficial experimentado, se había enfrentado a su propio jefe, al Consejo y a las autoridades municipales por cuestiones vinculadas a la corrupción, cuando en ese Triángulo de las Bermudas desaparecían muchos de los fondos pertenecientes a los bomberos. El Jefe no estaba dispuesto a tolerarlo. Primero de manera interna, y luego públicamente, denunció el contubernio. La primera reacción del Triángulo fue expulsarlo del cuerpo por indisciplina y otros recursos reglamentarios. Lo que no esperaban, quizás, es que esa desafectación desataría al Jefe en lugar de apaciguarlo. El Jefe inició una demanda judicial que empujó con persistencia oriental durante años. Y ganó. Luego de ser celebrado, se convirtió en el nuevo jefe de los bomberos. Volvió por la puerta grande y fue nombrado Jefe de Bomberos por las nuevas autoridades del Consejo. Los primeros tiempos al mando de

la fuerza extendieron la estela dorada de aquel período de brillo. El Jefe impulsó reformas importantes e inició una nueva era en la breve historia de los Bomberos Voluntarios de la Ciudad de Los Pinos. Sin embargo, ese impulso inicial fue perdiendo fuerza. El Jefe cayó en las redes del alcohol y las ambiciones reformistas quedaron en el olvido.

En ese punto de caída personal y profesional se encuentra El Jefe el día de hoy, cuando tiene la responsabilidad de comandar el operativo para frenar, tal vez, la mayor amenaza en la historia de Los Pinos. El Jefe sabe que con el pasar de las horas el escenario se volverá más complejo. El fuego habrá crecido y, quizás, tocado el pueblo. Habrán llegado bomberos de todos los colores, policías, políticos, medios y turistas. La comunicación será difícil y caótica. Por eso, aprovecha este inusual momento de reunión para compartir el diagnóstico, repasar los lineamientos generales de acción y arengar a su tropa.

— Muchachos, estamos muy complicados. Hace mucho calor, la humedad es baja y el viento desde el norte no afloja. Todavía tenemos el fuego a un kilómetro de las primeras construcciones. El pronóstico es malo: no habrá lluvias, ni cambio de viento, ni milagros. Todo depende de nosotros. A medio kilómetro tenemos un pequeño campo abierto. Ahí nos vamos a parar para recibir la cabeza del incendio. Esa será la madre de todas las batallas. Si el fuego llega a pasarnos, estaremos jodidos. Bien jodidos. Ya repartí las primeras dotaciones a los flancos del incendio, convoqué a los bomberos de los pueblos cercanos y pedí a la Provincia todo el apoyo posible, comenzando por los aviones hidrantes. Me dijeron que hay dos fuera de servicio, pero el tercero estará llegando en las próximas horas.

El Jefe habla lento y pausado, sobre todo por el efecto del alcohol. Hace un gran esfuerzo por decir las palabras correctas y modularlas con claridad. Luego de una breve pausa, continúa:

— Risitas y Rico, lleven sus hombres, los dos autobombas y el cisterna al campo abierto. Preparen el operativo para cuando el fuego llegue. Vamos a mandar los *unimog* a atacar los flancos desde el Este — dice el Jefe y de inmediato los bomberos corren hacia los camiones.

— Gordo, usted comience con las tareas de evacuación en el norte del pueblo. A Honegger y Gigio no les avise si no quiere. En cuanto aparezca

un policía, le delega esa responsabilidad, lo informa a todo el mundo y regresa al campo abierto.

— Ortiboza, usted que es tan alcahuete será quien hable con los medios y además quiero que reclute de inmediato a todos nuestros bomberos. No me importa si tiene que voltearles la puerta de la casa y traerlos a patadas en el culo. ¿Dónde carajo está el resto de nuestros bomberos, Ortiboza?!

— Estuve repasando la lista y tratando de comunicarme con cada uno de ellos. La mayoría no responde. Parece que la fauna duerme o está de joda. Pero déjemelo a mí, los iré a buscar personalmente si es necesario.

— La puta que los parió — aprueba El Jefe.

El Jefe busca concentrarse. Por un momento, parece perderse en su propio interior. Tiene una extraña intuición, una incómoda corazonada. Por fin, indica:

— Díaz, llame a Blanco para que venga de inmediato.

— Pero Jefe, Blanco me va a mandar a la mierda. Nos va a mandar a la mierda. Lo va a mandar a la mierda. Ella ni siquiera es bombera. La echamos. La echó.

— ¡Dije que llame a Blanco, carajo! — insiste el Jefe, para que no queden dudas.

Díaz ni siquiera contesta. Toma el teléfono de su bolsillo con infinita resignación para demostrar que ha entendido la orden.

Blanco es una de las pocas bomberas en la historia del Cuartel. Antes de ser bombera, era corredora olímpica. Su capacidad física, su disciplina y su profesionalismo son un recurso que cualquier cuartel debería cuidar como oro, no solo por sus aportes inmediatos, sino porque una figura como la suya jerarquiza a la institución y atrae a nuevos aspirantes. A pesar de eso, Blanco ha sido desafectada de sus funciones hace menos de un año. Según El Jefe, debido a su «recurrente desobediencia y resistencia a la autoridad». Según Blanco, en cambio, porque «los bomberos de Los Pinos son unos mediocres, unos machistas, unos autoritarios de mierda».

Las razones que acercaron a Blanco al Cuartel son varias. Tras su retiro de las pistas, deseaba contribuir de un modo concreto y positivo con su nuevo pueblo. Sentía la necesidad personal de ocupar el tiempo con una actividad socialmente valiosa. De ningún modo esperaba quedar sometida a

las arbitrariedades de un jefe alcohólico, a la obligación de realizar tareas administrativas o al deber de asistir a eventos protocolares.

Fue uno de estos eventos protocolares el que detonó la partida de Blanco. El Jefe convocó a Blanco con especial dedicación, quizás porque sabía que no iría. Blanco se negó de manera previsible.

— Entonces no pases más por el cuartel — le informó el Jefe.

— Por mí, váyanse todos a la mierda.

Esa es la bombera expulsada a quien Díaz tiene que llamar ahora, en plena madrugada. Se aleja del grupo de bomberos y marca su número. El teléfono suena y suena. La voz dormida de Blanco por fin atiende:

— Hola, sí, quién es.

— Soy Díaz, Blanco, el bombero — se anuncia. Luego, con firmeza sobreactuada, le explica que la situación es crítica y que la necesitan. El Jefe se lo ha pedido.

— Escuchame, Díaz, ¿ustedes son pelotudos? ¿me estás jodiendo? Me tratan como el orto, me echan, se olvidan de mí y ahora, que están hasta las bolas y me necesitan, me llaman. ¡Se joden, Díaz, se joden! ¡Decile al Jefe que se vaya a cagar! — le responde. La voz ya parece bastante despierta.

Díaz intenta atajar la batería de previsibles insultos, pero Blanco ha cortado. Díaz baja la cabeza y se refriega los ojos. Mirá hacia donde está el Jefe: lo está mirando con ojos penetrantes. Se debate por un momento si prefiere recibir la aspereza del Jefe o la de Blanco. Se decide por Blanco y la llama de vuelta. Esta vez, ella responde rápido:

— ¡Mirá, Díaz, la próxima vez que me llamen los denuncio a la policía! — le dice furiosa antes de colgar el teléfono con un golpe muy violento. Díaz se pregunta si ese teléfono volverá a funcionar.

Díaz vuelve hasta donde está el Jefe y le repite las palabras de Blanco. El Jefe insulta, pero no a Díaz, sino a Blanco y entre dientes, como si se insultara a sí mismo. Por fin, resuelve:

— Díaz, vamos al campo abierto a juntarnos con los demás.

Ambos van en busca de Ortiboza y, en su auto, parten hacia allí, donde la madre de las batallas se está gestando. Durante el camino, el Jefe no para de impartir instrucciones a través del *handy*.

Llegan. El amanecer se insinúa. El calor agobiante, también. Risitas y Rico tienen listas tres dotaciones; el próximo paso consiste en sumar cuatro

autobombas y por lo menos dos cisternas. De a poco, a medida que la madrugada se desintegra, van llegando los demás bomberos. Detrás de ellos, hacia el Sur, está el bosque y el pueblo. Adelante, hacia el Norte, más bosque y el fuego. La gran cortina de humo que consume el horizonte avanza voraz. Hacia el Oeste, el fuego está contenido por el río.

Como ante cada situación de incendio, Díaz le propone al Jefe instalar un comando de campaña atrás, en el límite del campo abierto con el bosque, hacia el Este, donde está el acceso desde la ruta. Un gazebo que sirva como punto de referencia, descanso y tienda de operaciones. El Jefe lo ignora. El concepto de comando de campaña le resulta ajeno. Lo que más le molesta a Díaz no es ese desaire, sino que pronto llegarán los bomberos de la Capital y esa será su primera medida, asumiendo con ese mínimo gesto de profesionalismo todo el protagonismo. Una vez más, ellos quedarán como los pueblerinos de la película.

Mientras tanto, en el norte de Los Pinos, el Gordo avanza con las tareas de evacuación. De las construcciones que peligran, se destaca la enorme tienda de Chocolates Gigio. Entre los turistas, la tienda es reconocida por sus deliciosos productos artesanales. Entre los bomberos, en cambio, es conocida porque Daniel Gigioletti, el dueño, nunca les compra una rifa. Pero ese no es el problema. Muchos otros tampoco compran la rifa, porque no pueden o por lo que sea, pero reciben y tratan con respeto a los bomberos voluntarios. El verdadero problema con Gigioletti es cómo «nos boludea», según las sintéticas palabras de Díaz.

— Sí, claro, pasate mañana, *mostro*, que ahora me agarraste sin cambio — dice Gigioletti de una manera u otra cada vez que los bomberos pasan por la tienda.

— ¡Qué pena, *cra*, te hice venir de nuevo *al pepe*! ¡Todo por cien pesos de mierda! ¡Venite mañana que sin falta te los guardo!

El año pasado, por ejemplo, Díaz pasó cinco veces a retirar el dinero que Gigioletti le prometía tener al día siguiente. El bombero se había propuesto quebrar esas estratagemas retóricas. Sin embargo, la última vez que pasó por la tienda, lo único que casi quiebra es la nariz de Gigioletti. A Díaz le parecía demasiada impunidad. Gigioletti, por supuesto, aprovechó el altercado para no comprar ninguna rifa.

Además de escapar con promesas de baja calidad, Gigioletti argumentaba que ya pagaba demasiados impuestos, incluyendo la tasa de

los bomberos. No entendía, acaso, que la rifa de los bomberos era el servicio más barato y más palpable — tal vez el único — por el cual recibiría algo a cambio de sus contribuciones. Sus impuestos, en cambio, se desangrarían una y otra vez en las permeables manos de la corporación política local.

El complejo hotelero Honegger también está en peligro. Eva Honegger gestiona el lugar y es alemana. Es la dueña, todos lo saben, pero nunca lo admite, quizás para evadir las responsabilidades públicas. Es rubia, alta e intolerante. Asegura ser descendiente directa de Arthur Honegger, el renombrado compositor suizo. Eva Honegger también declina la compra de la rifa que organiza el Cuartel, pero lo hace sin dar vueltas y con malos modos:

— No, no, no, no quiero nada. ¡Fuera de mi complejo! — grita Honegger y señala la puerta con la punta de su dedo germánico.

En casos como este, Díaz se ve impedido de quebrar narices. El caso queda impune. Entonces no tiene más remedio que lidiar con la angustia que lo invade. Más de una vez, se ha ido del complejo de Honegger con un nudo en la garganta y los ojos húmedos. Digámoslo sin eufemismos: se ha ido llorando. No por el rechazo, sino por la injusticia. No por él, sino por el resto de sus compañeros, hombres y mujeres que ponen su tiempo, su energía, su dinero y hasta su vida en juego para prevenir tragedias.

El Gordo conoce estas historias al detalle. Llega a Chocolates Gigio con su misión de evacuación. La tienda está técnicamente cerrada — es la mañana temprana — , pero la puerta está abierta y Gigioletti trabaja en la presentación del local. El Gordo lamenta que la puerta esté abierta. Entra y sin preámbulos le habla a Gigioletti:

— Buen día, rata inmunda. Estamos en emergencia. Tenés tres minutos para evacuarte a vos y a tu miseria de este antro.

— Disculpe, señor bombero gordo — ironiza Gigioletti — pero yo no lo conozco y no voy a ir a ningún lado.

Gigioletti ha pisado el palito que nunca debió haber pisado.

El Gordo siente una erupción de ira subirle como placentera lava desde el estómago. Con la cara transfigurada, camina hacia Gigioletti y lo agarra por las solapas. Primero lo pone contra una pared cualquiera y, como un toro, le apoya la cara encima. Gigioletti descubre cómo suena el odio cuando se vuelve respiración. Incapaz de aplacarse, el Gordo zamarrea a

Gigioletti por todo el local. Sin soltarlo de las solapas, lo golpea contra todo lo que le parece frágil. Haciendo uso del cuerpo de trapo de Gigioletti, tira todos los mostradores, todas las vidrieras, todas las estanterías. El piso es un mar de vidrios y chocolate. Cuando El Gordo ya está demasiado agitado, vuelve a levantarlo y lo pone contra una pared:

— Mirá, pelotudo, si acá hay alguien que no quiere que te salves del puto incendio, soy yo. Pero vine igual, así que ahora te vas a ir de acá o te voy a sacar a trompadas en una ambulancia. Y creeme que no me va a costar. ¿Me entendés o no me entendés?

Gigioletti tiembla de pavor. Dice que sí a todo y, como puede, junta algunas pertenencias propias y sale del lugar. El Gordo va detrás, pero se detiene un momento: un alfajor muy alto ha quedado huérfano en el piso. Lo levanta. Lo mira bien, lo olfatea y lo sopla. Se lo come de un bocado. Luego, sí, sale de la tienda.

Ya resuelto el caso Gigio, el Gordo aprovecha la adrenalina bien alta y se dirige directamente al Complejo Honegger. El gran ventanal de entrada es precioso: un delicado vitral traído especialmente desde Baviera, encargado al legendario Taller Mayer. Tiene un pequeño cartel de madera tallada que dice «abierto, bienvenidos» (y debajo «offen, willkommen»). El Gordo se complace al verlo cerrado. Encara con gran decisión hacia el ventanal y, de una tremenda patada con la planta del pie, tira abajo el ventanal completo. El gran vidrio multicolor cae al piso, literalmente estalla y mil pedazos vuelan hacia toda la recepción.

Eva Honegger se asoma a la sala de entrada, espantada, con la boca abierta y las manos en el pecho.

— Buen día, vieja de mierda — el Gordo modula claramente con la boca, pero no habla. Su cara es la de una bestia infernal. — Estamos en emergencia, tienen tres minutos para evacuar el complejo y dirigirse hacia el Sur, donde las autoridades policiales les brindarán apoyo — dice el Gordo, ahora sí, con voz firme, fuerte y profesional. Dicho eso, da media vuelta y se va.

El Gordo hace un par de evacuaciones más, ya normales y gentiles. Al salir de una de ellas, encuentra a un patrullero policial que acaba de llegar. Les informa a los oficiales el estado de situación y parte hacia el campo abierto.

Allí, la mañana se ha desplegado. El caos también. A los bomberos de Los Pinos que fueron llegando desde la madrugada, se suman ahora los bomberos de la Capital y otras localidades vecinas. Ante la mirada autodesaprobatoria de Díaz, los bomberos de la Capital montan la famosa carpa del centro de comandos. Lo hacen sobre la parte posterior del campo abierto, no lejos de la ruta, donde había sugerido Díaz. Además, comienzan a llegar agentes de otras fuerzas. Y también los medios.

Ortiboza está exultante. Ha montado (en su cabeza) un centro de prensa, justo al lado de la carpa central. Allí se presenta ante los medios como «el vocero oficial». Habla con grandilocuencia. Les informa sobre el «protocolo de comunicación», por medio del cual brindará «periódicas conferencias de prensa» cada dos horas, a menos que «la tragedia requiera de sus capacidades en el campo». «Y, por supuesto, siempre que Dios lo permita». Díaz lo mira proceder y quiere destriparlo ahí mismo con sus propias manos; no, en verdad no quiere destriparlo, sino generarle un dolor interminable. Admite, eso sí, el alivio de que Ortiboza quien se ocupe de los medios.

La información llega deformada a la población, producto de una cadena de tergiversaciones corta pero efectiva. En primer lugar, Ortiboza exagera la ya grave situación para darse importancia. Habla de «el fuego más hambriento del que se tenga memoria» y dice «mis hombres» para referirse a sus compañeros. Los medios, a su vez, vuelven a amplificar la desinformación para ganar audiencia. La televisión no duda en titular «el incendio más grande de la historia», para que la poesía de Ortiboza no dé lugar a ambigüedades atenuantes. Por último, las personas comunes y corrientes, en las mesas familiares, crean información que luego se transmite como el fuego del incendio a través de las redes. La creación no se reduce a lo que está ocurriendo en el bosque norte de Los Pinos, sino también a cómo se origina un incendio, cómo se lo combate y todo tipo de especulaciones accesorias que no tienen otra finalidad que la de impresionar interlocutores. «Los bomberos necesitan leche» es una de las recomendaciones sin sustento más populares.

La desinformación tiene muchas consecuencias, por lo general indeseables. Eso no evita que a veces, además, sean generosas. Por ejemplo, la voluntad de ayudar. Los bomberos ya saben que a medida que pasen las

horas, la población llegará al lugar con espíritu de ayuda. Y eso será, lamentablemente, un problema más con el cual lidiar.

De hecho, con el sol ya pegando fuerte sobre el campo abierto, se visualiza en la ruta la llegada de un viejo camión repleto de personas cantando y saltando. No se llega a escuchar lo que dicen. Son casi todos hombres, en cuero y con anteojos negros. La mayoría, descalzos. Están muy bronceados y hay varios pelilargos. Son los guardavidas de Los Pinos, centinelas del río y los lagos de la zona. Deben ser como treinta. Vienen decididos a ayudar.

Díaz los ve llegar desde lejos. Niega con la cabeza, frunce el ceño y se lo agarra. Amplía el campo de visión y advierte que Ortiboza se propone atajarlos.

Ortiboza los aborda con enorme profesionalismo. Pide hablar con el representante de los guardavidas. Un gigante, de cara enrojecida y pelado, se abre paso entre los buenos salvajes. Es Schwarz, también conocido como La Mole.

— Buen día, señor Mole — estira el brazo Ortiboza.

— Hola Ortiboza, qué hacé. Venimo' a dá una mano — La Mole le toma la mano y, atrayéndolo, lo abraza de una.

— Mire, señor Mole, todos mis hombres y yo, en nombre del pueblo de Los Pinos, les agradecemos infinitamente este gesto de solidaridad y bravura, pero creemos que lo mejor es que se concentren en sus puestos de trabajo, ya que de otro modo quedarán desguarnecidos. De esa manera, no solo cuidarán a los ciudadanos que toman un baño en nuestros hermosos espejos de agua, sino que los ayudarán a aliviar un rato este calor insoportable. Y también, desde un punto de vista más anímico, a distraerse de esta tragedia. Imagínese, señor Mole, si esas personas no van al río, o a los lagos, terminarán en sus casas, acrecentando su ansiedad por el fuego, alimentada por si fuera poco por la exageración de los medios. Y luego de un rato las personas dirán «no puedo estar sin hacer nada» y las tendremos aquí, agregando más confusión a la escena.

Cuando Ortiboza termina su alocución, La Mole suelta una ruidosa carcajada. Los guardavidas que lo secundan, también. La risotada se extiende en el tiempo. Ortiboza no sabe qué hacer. Cuando los buenos salvajes terminan de reírse, La Mole responde:

— Mirá Ortiboza, nosotros' vinimo' a ayudá y eso é lo que vamo' a hacé. Así que decino' cómo ayudamo' y li'to. ¿Tá?

Ortiboza se refriega la cara. Luego de un momento de reflexión, les pide un minuto y se acerca hasta el Jefe. El Jefe los mira desde lejos. Es claro que insulta. Visiblemente contrariado, ofrece unas instrucciones. Ortiboza regresa hasta donde están los guardavidas:

— Dice el Jefe que pueden comenzar a remover el terreno del campo abierto. Van a necesitar palas. Así que vayan a buscar y arrancan por allá adelante, bien al norte, contra el bosque. Hacen toda la primera fila y luego comienzan a barrer el terreno hacia atrás. Una cosa más: en un par de horas van a empezar a llegar civiles, tanto locales como turistas. Usted, señor Mole, encárguese de ellos. Si puede enviarlos de regreso a casa, mejor. Si no, los suma a su tarea como mejor le parezca. Mantenga a su gente hidratada y con buen calzado.

Los guardavidas aúllan de excitación. Levantan los brazos y gritan. Luego comienzan a saltar y a cantar, otra vez. La Mole le indica al Muelas que junte a sus «amigote'» y vayan con el camión en busca de palas. Al resto de la manada le indica que camine hacia el norte del campo abierto para reconocer el terreno. Él se queda donde está, junto a la ruta, para gestionar la inminente llegada de los civiles. El Jefe mira todos estos movimientos y piensa «por lo menos no me van a romper las pelotas por un buen rato». Y también «de paso nos sacamos de encima a los civiles».

En efecto, con el correr de las horas comienzan a llegar los civiles, tanto locales como turistas. Traen palas, mangueras o baldes. También traen bidones de agua, hielo y sachets de leche. La Mole los recibe y mantiene con ellos diálogos como el siguiente:

— ¿Y el saché de leche pa' qué?

— Dicen en las redes que los bomberos necesitaban leche.

— No, pá, eso no é así. Dejalo ahí y escuchame — señala La Mole una pileta redonda junto a la carpa del comando central. Tiene agua y algo del infinito hielo que traen los civiles. Allí enfrían la bebida y los incontables sachets de leche que no van a consumir.

Según el aspecto del civil que llega al lugar, La Mole decide qué hacer. Si es hombre, está bien calzado y trae una pala, lo manda junto a los guardavidas a remover el terreno del campo abierto. Si es hombre, no tiene herramientas pero sí potencial, le indica que busque calzado y/o pala y

vuelva. Para el resto de los casos, los manda de vuelta a casa. Más de una mujer, al ser rechazada, lo ha llamado «gordo machista». La Mole se ha reído.

Una de esas mujeres decididas llega en un pequeño auto. Se baja con determinación y camina hacia los bomberos desplegados en el campo. Pasa junto a La Mole y ni lo mira. La Mole la increpa, pero ante el nulo efecto de sus palabras, la da por perdida. La mujer pasa junto al Jefe y le dedica una mirada fulminante. Por fin llega adonde está Díaz:

— ¡Blanco! — grita Díaz con sorpresa y la abraza.

— Vengo a ponerme bajo tu mando. En cuanto algún pelotudo, arrancando por el Jefe, me rompa las pelotas, me voy a la mierda — avisa sin lugar para la malinterpretación.

Díaz asiente. Está asombrado con la inesperada llegada de Blanco. El Gordo presencia la escena, pero no se atreve a decir ni una palabra.

— Ah, y feliz cumpleaños — agrega Blanco.

— Ah... gracias — responde Díaz y baja la mirada, un poco avergonzado, sin reconocer que lo había olvidado.

— ¡Te lo tenías callado, *guachín!* — ahora sí reacciona el Gordo, le da a Díaz un abrazo de oso y le rasca la cabeza.

Díaz agradece, pero trata de salir de esta situación que lo incomoda. Lo hace minimizando la fecha y destacando, en cambio, la gravedad del incendio. Le explica a Blanco el estado de situación.

Los bomberos ya son más de cien. Los guardavidas y los civiles, también. Y siguen llegando. Traen más bidones de agua, más hielo y más leche. A medida que se acerca el mediodía, traen también sándwiches de miga, facturas o milanesas. La comida sí es bienvenida. La Mole, a cargo de la Legión Amateur, ha concluido que ya hay demasiada gente en el campo abierto. Elige a los voluntarios más fatigados y los convence de regresar a casa. Antes de despedirlos, anota sus datos en un cuaderno para darles reconocimiento público cuando el incendio termine. Siempre y cuando, claro, esa letra atrofiada pueda llegar a entenderse.

El Jefe mira los movimientos de La Mole con cierta misericordia. Cree que todo ese esfuerzo es inútil. Cumple, eso sí, la función de preservar a los bomberos de la molestia de los civiles. Y de hacer feliz a esas decenas de desgraciados que también quieren hacer su aporte.

La Mole, de hecho, está desencadenado. No es difícil reconocer en su figura un líder de proporciones. En ningún momento deja de gritar, alentar y dar instrucciones. Él mismo acompaña a los recién llegados hasta el lugar donde deben operar y les muestra con sus propias manos cómo lo deben hacer. Los civiles han llegado hasta el campo abierto en busca de ser héroes y La Mole les hace sentir que lo serán. Solo deben dar todo. Ese es el momento y el lugar.

Los civiles siguen llegando. Los bidones de agua ya parecen miles, apilados junto a la carpa del comando central. El Jefe le indica a La Mole que genere una nueva división «con los menos favorecidos» para que lleven los bidones a la primera línea y los rocíen en la tierra removida «para humedecerla». No les dice, por supuesto, que es una medida absolutamente inservible. Cuando terminen, todos los civiles deben ser evacuados. Para ese entonces, el fuego estará demasiado cerca.

Ya impartido el entretenimiento, el Jefe mira hacia la ruta. El Intendente está bajando de un auto de alta gama, rodeado por un pequeño séquito. Se destaca un fotógrafo que no deja de hacer tomas en ningún momento. «La puta madre, lo que me faltaba», piensa el Jefe. De inmediato, finge una sonrisa y camina hacia el Intendente para darle la bienvenida. Le dedica unas palabras de agradecimiento por su presencia en el lugar. Lo conduce hacia el campo abierto y le explica el estado de situación. Acto seguido, se dirige hasta uno de los camiones cisterna y le presenta a los bomberos de su confianza. Luego de una charla superficial, el Intendente le hace una modesta seña al fotógrafo y encara hacia el camión. Con cierta dificultad, se sube por el costado y comienza a trepar. Los bomberos se miran atónitos. El Intendente continúa subiendo hasta alcanzar el techo. Allí se para y mira hacia donde está el fuego. El fotógrafo realiza frenéticas ráfagas de capturas. Terminadas las tomas, el Intendente se baja del camión, saluda y se retira por dónde vino, con el fotógrafo y el resto de los asistentes por detrás.

El Jefe respira aliviado, pero el descanso no dura, porque lo requieren desde la carpa del comando. Hay malas noticias. El fuego ha tomado la antena norte, que concentraba los repetidores para las comunicaciones de *handy* y celular. Además, la antena ha caído sobre la ruta, cortando las comunicaciones con las dotaciones que habían accedido al fuego a través de ella y bloqueando el acceso de los móviles. Para colmo, el terreno es

demasiado irregular y pedregoso hacia el Este. No hay forma de tomar contacto con las dotaciones que están atacando el fuego desde esa zona. Por suerte, no están encerradas, ya que siempre pueden retirarse por la ruta hacia el norte ante una complicación. Pero se trata de un golpe mortal para la efectividad del trabajo coordinado de los bomberos.

El Jefe convoca a sus hombres para compartir la mala nueva. Están Díaz, Blanco detrás de Díaz, el Gordo y Ortiboza. Luego de explicar la situación con respecto a las comunicaciones, dice:

— El cuadro es de lo más serio. Tenemos que encontrar otra forma de establecer contacto con las dotaciones que combaten el fuego desde la ruta. Ya lo he pensado y no encuentro alternativas. Los cuatri, las motos y hasta las bicis no van a servirnos. No habrá más remedio que establecer un nexo de comunicación humano. Alguien que vaya y vuelva con la información por algún resquicio de bosque. Si tan solo tuviéramos alguien con esa capacidad...

— Qué hijo de puta, es un hijo de puta... — dice Blanco, la excorredora olímpica, para sí misma, pero claro que todos la escuchan y la miran. Mueve la cabeza, negando, y mira hacia el suelo. Luego comienza a caminar en dirección a su auto rojo, cada vez más rápido. Díaz va tras ella.

— ¿Y a esta qué le pasa? ¿Usted, Jefe, está proponiendo que el nexo sea ella?— pregunta el Gordo, que no entiende lo que está pasando.

— Pero claro, Gordo, mirá si va a estar proponiendo que seas vos — dice Ortiboza.

El Gordo se lanza sobre Ortiboza:

— ¡Te voy a matar, hijo de puta!

Vuelan un par de manos en ambos sentidos, pero el Jefe interviene a tiempo. A fuerza de insultos y gritos, los ubica.

Mientras tanto, Díaz vuelve con Blanco. Parece haberla convencido. Ortiboza todavía está ocupado en acomodarse el uniforme, pero no puede con su genio:

— Dale, Blanco, no te hagas la difícil. Es tu oportunidad de ser la heroína que siempre quisiste ser. Vas a ser la Filípides de esta historia.

La referencia de Ortiboza a Maratón no es comprendida por nadie, excepto por Blanco, que lo mira con una bronca inagotable. Los demás también lo torturarían ahí mismo, pero por decir cosas que nadie entiende.

El fuego dura dos días enteros, casi cincuenta horas, antes de ser extinguido. Durante todo ese tiempo, Blanco se convierte en el sistema nervioso de las dotaciones desplegadas en el terreno. A través de ella, circula toda la información entre los flancos aislados y el comando central. Una vez por hora, Blanco recorre ida y vuelta los dos kilómetros que los separan. Solo duerme unas pequeñas microsiestas, o come, entre corrida y corrida. Durante esos dos días, recorre casi doscientos kilómetros. Lleva y trae mensajes de lo más variados: «explotaron todos los vidrios del móvil ocho», «Ibáñez se escapó de la clínica para venir al incendio», «dos civiles con los pies quemados; estaban en ojotas», «acaban de trasladar a Risitas al hospital, está fuera de peligro», etc.

Mientras Blanco va y viene, el Jefe transpira, pero ya no por el vino que tomó, sino por el que desea tomar. Además, por supuesto, por la tensión y el calor insoportable. Ráfagas de aire caliente llegan en oleadas desde el norte. A pesar de la gravedad de la situación, el Jefe mantiene la calma y distribuye instrucciones con envidiable parsimonia. Sus subordinados confían en él. Sienten en la firmeza de su voz que el héroe del pasado está de regreso.

Uno de los más motivados es el Gordo. Pelea como un león contra el fuego, en la primera línea. Durante los dos días baja de peso lo que nunca, diez kilos, sobre todo por la deshidratación. De hecho, a la tarde del segundo día cae rendido y también se lo llevan al hospital.

A medida que sus compañeros de combate caen, La Mole se agranda. Tal vez de un modo inconsciente, busca ocupar sus lugares. El mensaje es para el fuego: acá estamos igual de fuertes. Luego de repartir instrucciones y gritos entre su tropa — las ciento ochenta personas menos preparadas — regresa periódicamente al comando central y se zambulle en el agua congelada de la pileta redonda. Cuando emerge, entre un mar de sachets de leche, emite un grito gutural y primitivo. Se golpea el pecho con las manos, sale de la pileta y vuelve con el cuerpo humeante al campo de batalla.

Los bomberos combaten el fuego principal desde el norte del campo abierto durante casi todo el segundo día. Hacia la noche, el esfuerzo enorme parece conducirlos a la victoria. El fuego parece incapaz de sortear la resistencia de las trescientas personas y el avión hidrante que, incansable, recoge agua del río y la libera sobre el corazón del bosque en llamas.

Cuando a medianoche el fin del incendio está descontado, Blanco cae exhausta. Es transportada en camilla hasta una ambulancia y la trasladan al hospital.

Unas horas después, el fuego ha sido derrotado. Bomberos, guardavidas y civiles festejan con algarabía. Se funden en abrazos eternos. La tensión ha sido demasiada. Muchos se descargan llorando. Los guardavidas son los más bulliciosos. Copan la piletta redonda. Saltan y cantan, mientras beben cerveza que no se sabe de dónde ha salido. En un momento, suben en andas a La Mole, pero no pueden sostenerlo y cae sobre uno de los bordes de la piletta redonda, haciéndola volcar. Todo se desmadra, La Mole queda desparramado en el piso, pero nadie deja de reír.

Ortiboza rebalsa de orgullo ante los medios. Está a un paso de atribuirse todo el éxito. No lo dice, pero lo sugiere con una gran habilidad retórica. Repite «mis hombres», «verdaderos héroes» y el verbo «interpelar» muchas veces. Se emociona, o actúa que se emociona, ante las cámaras.

El Jefe, por primera vez en dos días, se permite una sonrisa. Organiza la *guardia de cenizas* con los bomberos más descansados y parte con sus hombres de confianza rumbo al hospital. Se informa sobre el estado de sus hombres. Todos están fuera de peligro. Se van a descansar a sus hogares y regresan al día siguiente.

La mañana es soleada. El hospital está nívoo y silencioso. Blanco ha dormido quince horas seguidas. Díaz está sentado a su lado. Detrás, de pie, están el Jefe y Ortiboza. A un costado, en otras camas, Risitas, Rico y el Gordo también duermen y se recuperan.

De pronto, la tensión: Blanco se mueve, está a punto de despertarse. Ortiboza cree comprender que está ante un momento crucial. Él es el instrumento fundamental de esa fracción de segundo: el elegido. Para que toda esta historia cobre un sentido trascendental debe actuar ya mismo. Con una autoridad descomunal, corre a Díaz de la cama y se sienta en su lugar. En ese instante, justo a tiempo, Blanco abre los ojos. Ortiboza la toma del brazo con fuerza, la mira a los ojos y le dice la frase histórica:

— Hemos ganado.

Rara mezcla de presentimiento y tristeza

Hace días que me siento extraño. Me invade una rara mezcla de presentimiento y tristeza. O tal vez algo parecido: un triste presentimiento.

El presentimiento lo desconozco, pero así lo percibo.

No es difícil admitir la confusión. Es un sentir borroso, indefinido, difícil de reconocer. Tiene un sabor a angustia, pero no siempre. A veces, por ejemplo, sabe a abandono. Suele visitarme con persistente intensidad y durante esos momentos de vivo padecimiento llego a creer que por fin podré comprenderlo. Pero no, así como llega se va y, ya lejos, no puedo adentrarme en su intimidad. Sin embargo, no desaparece. Queda estacionado, al acecho, en una visible lejanía. Su grávida mirada se posa sobre mi espalda. Y cuando ya creo haberme acostumbrado a su presencia pasiva pero inalterable, entonces vuelve a asaltarme y me inunda con su pesada liquidez. Hundido en ese trance, siento que me ahogo en llanto contenido y tan solo una gota de humanidad se vuelve suficiente para rebalsarme.

Claro que la descripción es imperfecta. La pura verdad es que no sé lo que me pasa. Este esbozo de mi interior agobiado es lo más nítido que logro bosquejar tras días de obstinada introspección.

A un nivel menos profundo, puedo decir que estoy experimentando una sensibilidad extrema. Siempre he sido una persona permeable a las emociones, pero la vida me había enseñado a no ser sobrepasado por ellas. Ya no puedo decir lo mismo. Esos sentimientos se han vuelto demasiado intensos o yo he desaprendido a sostenerme ante estas misteriosas avalanchas afectivas que se me desploman encima.

Ya en la superficie, las manifestaciones son otras, más fáciles de reconocer. Puedo describirlas con mucho mayor detalle.

Por ejemplo, como nunca antes, lloro cuando voy al cine. No me parece que las películas sean mejores que en el pasado. Pero hay algo que me entra y me traspasa la carne, como una lanza bien afilada. Me fundo con los personajes. En su drama, no puedo hacer otra cosa que vivir el mío. Cuando aman, soy yo el que ama; cuando sufren, soy yo el que sufre;

cuando mueren, soy yo el que muere. Nada hay de nuevo en el cine: soy yo el cambiado. Parece que he perdido una capa de mi ser, esa que me permitía cierta distancia con el mundo exterior. Mi capacidad de indiferencia se revela extinguida o carcomida por una enfermedad inescrutable. Por la razón desconocida, me he convertido en un espectador fácil de impresionar y estoy predispuesto al golpe demoledor de una buena obra de arte.

La lectura diaria también me desborda. Amenazado por un tiempo que considero escaso, me refugio en los clásicos. O en los libros favoritos del pasado, esos que alguna vez consiguieron alterar mis fundamentos. La experiencia me captura y me lleva muy lejos. Su consecuencia es recurrente: un lazo invisible en la garganta que me impide continuar.

Quizás para reafirmarme o porque soy un renegado obsesivo, releo sin piedad mis propios escritos. Me veo en ellos, como si me observara desde afuera o desde otro tiempo. Soy el futuro del que, en el pasado, escribió esas líneas. Un yo que ahora no existe, visto por alguien que muy pronto tampoco existirá. Ambas versiones de mí mismo me generan una lástima interminable.

A la hora de escribir, la negrura de mis líneas no podría ser más espesa. Cada palabra está teñida de una gran oscuridad. Es una simple muestra de lo que llevo adentro. El trabajo de sumergirme en esa amargura termina por agotarme. Luego de haber escrito unos pocos párrafos, quizás tan solo uno, me veo obligado a abandonar la tarea.

Mi novia tampoco lo comprende. Es tan hermosa y la amo tanto. Me mira con cierta extrañeza y reconoce mi tormento. Me acaricia con ternura e intenta consolarme. Yo la miro y no puedo evitar ver en ella el paso del tiempo. Veo su cansancio acumulado, las finas arrugas junto a los ojos, las tenues ojeras sin retorno, las líneas blancas que le van invadiendo el pelo, la falta de deseo, las frustraciones. ¡Dios mío, tan mal estoy!

Mientras me agito en la quietud, no puedo dejar de preguntar qué está pasando. Qué me está pasando. Los días que rodean estas experiencias traen más episodios.

Cuando el anochecer es inminente, salgo en bicicleta y el otoño me conmueve. Nunca le había prestado atención. En el mejor de los casos, lo había despreciado. Siempre me había parecido la deprimente antesala del invierno, una de las formas de la decadencia. Ahora, en cambio, me parece hermoso hasta la exageración. Desconcentrado entre los autos, detengo la

bicicleta y busco un poco de calma. Me quedo parado, contemplando el paisaje miles de veces ignorado. Por alguna razón, las casas viejas y despintadas me estremecen. Siento que son parte de mí. Tal vez no sean las casas, sino la representación de mi pertenencia, de mi niñez o, más en general, de mi pasado. Los plátanos de copas enormes, sacudidos por el viento, parecen protegerlas. El aire se viste con miles de hojas amarillas cayendo.

Si por cuestiones climáticas o de lejanía viajo en tren, mi paz interior insiste en la ausencia. Mirando hacia afuera, me perturba la borrosa velocidad de la inmediatez del tren, mientras la lejanía permanece ilusoriamente congelada. Pasa tan rápido la vida.

Si logro despegarme de la ventana, adentro, veo rostros resquebrajados por el sueño y el trabajo. Por una vida injusta o equivocada. Proyectan un interior devastado. Me es imposible no sospechar que tan solo esperan la muerte. En pausa dentro de mi espiral descendente, me prometo nunca dejar arrastrarme hasta ese sombrío callejón sin salida. Me juro elegir cualquier camino antes que el de la resignación.

Ya no puedo ver personas. Veo solo sus desgracias.

Entre todas ellas, me deprime especialmente la vejez. Veo a los ancianos declinantes, frágiles y olvidados. Ya no pueden volver atrás. No pueden escapar de sus errores ni de sus omisiones. Están condenados a convivir con las decisiones irreversibles del pasado. Mientras tanto, el presente se les diluye. Me parte el corazón verlos cruzar una calle con demasiada lentitud, hamacar un nieto en alguna plaza abandonada o librar batallas diarias contra su propia memoria. Sí, contemplarlos — y en ellos, contemplarme a mí mismo — me demuele.

Visitar a mi familia no me hace sentir mejor. No hay alivio. Por el contrario, el pesimismo angustiante se profundiza. El regreso al seno de mi infancia pone en blanco sobre negro el paso del tiempo. No tanto por visitar mis lugares de antaño, sino por el tiempo que comparto junto a mis padres y hermanos. Envejecen — envejeczo — con dramática claridad.

Eso no impide que los vea muy poco. El final que ya se deja ver condiciona esos escasos encuentros. Son preciosos y no deben ser arruinados. No ahondamos en nuestros reclamos, preocupaciones y dolores. La experiencia debe ser positiva, aunque nos estemos muriendo por dentro (y por fuera). A veces me sabe a hipocresía, otras a apagada impotencia. A

menudo, me propongo cambiar esta reprochable comodidad. Pero siempre fracaso. Parecemos condenados a esta extraña manera de compartir nuestros últimos momentos juntos (¿algunas decenas de ellos?). Nuestras vidas divergen sin remedio, a pesar de los esfuerzos que pueda realizar para mantenerme cerca.

Esta sucesión interminable de penas se afianza con el correr de los días. Se multiplica. Mis pensamientos y sentimientos se enredan hasta dejarme inmóvil. Atascado. Un poco muerto en vida, la exacta inexistencia que tanto quería evitar.

«Ya se me pasará», pienso. Y estoy en lo cierto.

Mientras espero sin saberlo a que ese momento llegue, una tarde suena el teléfono. Es mi hermana. Llora. Lo que dice me destroza el alma, pero de ningún modo me toma por sorpresa:

— Se murió mamá.

Letra para el tango «El ingeniero»

Para Walter, Ariel y Diego.

Música introductoria

Y allá va el ingeniero
Por las calles del dolor

Camina solo
Llorando
Se va derrumbando
Es pura desolación

Tanto quiere
Olvidar

Que ha vivido sin quererlo para los demás
Que ha dejado sus pasiones demasiado atrás
Que ha olvidado entre sus cuentas animarse a más

Tanto quiere
Abandonar

Un destino que sabe a nada
El que eligió
Y no cambió

Y allá va el ingeniero
Hundido en la frustración
Su penar suena a nostalgia
Con dejos de bandoneón

Y allá va el ingeniero
Con su arte en un cajón

Ahora no juega, no apuesta
Sus miedos no enfrenta
Y gana su perdición

«Soy un cobarde»
Se dice tarde
Y vuelve a reflexionar:

«No es buena elección, la resignación
Renunciar a un sueño, es como morir
Sin resolución, no hay realización,
Sin un ideal, tan triste es vivir»

Y encuentra en lo que siente
Respuestas que su mente
Buscaba desde siempre
Con científica obsesión

Y allá va el ingeniero
Se le muere el corazón
Acompañan los violines
Su dramática canción

Y allá va el ingeniero
Se desangra en su razón

Pierde su tiempo, pensando
En vez de arriesgando
Y entierra su vocación

Tanto quiere
Regresar

A un pasado irremediable que ha quedado atrás
A un presente esperanzado que no volverá
A un futuro imaginado que ya no será

Tanto quiere
Escapar

De su vida equivocada
La que él mismo eligió
Y, sin valor, jamás cambió

Esta letra fue escrita a partir de la interpretación de Carlos Di Sarli y su Orquesta Típica (segunda versión). Esta versión puede encontrarse en este link <https://www.youtube.com/watch?v=mHA9G0Bhfy8>

La partitura también puede encontrarse en Internet.

Quizás debido a que es la primera vez que escribo una letra y la publico, me gustaría explayarme un poco más sobre sus motivaciones. Detrás de la letra de *El ingeniero*, hay otra historia. Además, este texto es una sutil ampliación de mi biografía publicada, generalmente criticada por ser demasiado breve.

Me gusta el tango. Siempre me gustó. Sobre todo la danza, tanto para mirarla como para (intentar) bailarla.

La danza del tango es hermosa en muchos sentidos. Pero el tango es más que eso. La danza se monta sobre una enorme plataforma artística que no solo involucra bailarines, coreógrafos, músicos, poetas, etc., sino que también se alimenta de nuestra historia y nuestra cultura. Por eso, cuando uno comienza a bailar se siente invitado a profundizar en muchas aristas del tango que no se relacionan en forma directa con la danza.

No sé mucho sobre música ni sobre tango. Sí sé que me gusta el estilo musical propuesto por Di Sarli y su orquesta. Me parece una música suave, melódica y sensible. En las milongas, siempre hay una tanda de Di Sarli. Y es muy común que *El ingeniero* (instrumental) sea parte de ella. Durante mucho tiempo, escuché este tango sin saber su nombre, así como tampoco hoy sé el nombre de muchos otros que también me gustan. Cuando un día

por fin lo supe, me llamó mucho la atención que tuviera ese nombre. Supongo que en parte porque soy ingeniero.

Me cuesta reconocer a los ingenieros como fuente de inspiración. Por supuesto, debe haber excepciones. Para no ir más lejos, el ideal de ingeniero —aquella persona que resuelve los problemas de la humanidad apelando a su ingenio— es sin dudas maravilloso. Eso no impedía que me preguntara por qué alguien le había puesto ese nombre a un tango. Y también me preguntaba si el tango tendría una letra que me ayudara a dilucidar la cuestión. Después de buscar bastante, no pude encontrar ninguna.

A la aparente novedad de que el tango no tenía letra, se sucedieron con naturalidad nuevas preguntas: ¿por qué no la tenía? ¿había alguna razón, humana o técnica, para que no la tuviera? En distintas instancias, consulté a Walter Heumann, Gabriela Ladagga, José María Otero y Marcelo Castelo. Todos me aportaron la información que tenían y sus opiniones. Se los agradecí en ese momento y aprovecho este escrito para hacerlo de nuevo.

Gracias a un artículo titulado *Alejandro Junnissi* del blog *Tangos al bardo* de José María Otero pude saber más sobre este tango y su autor. Recomiendo leerlo. El autor del tango, Alejandro Junnissi, nació en 1897 y murió en 1956. Fue un músico no muy conocido que, sin embargo, compuso al menos tres tangos muy famosos: *El ingeniero*, *El recodo* y *El puntazo*. En relación a la composición de *El ingeniero*, se destaca el dato de que Junnissi lo dedicó a «a todos los ingenieros egresados de las universidades argentinas». ¡Rarísimo, pero gracias, Junnissi! Más allá de esta curiosidad, no pude encontrar más información sobre las motivaciones de la composición. En parte también por eso, me pareció una buena idea escribir estas líneas, para que no pase con la letra lo mismo que (al parecer) ya pasó con la música.

En resumen, no parecía haber impedimentos para que *El ingeniero* tuviera una letra. Con esa certeza imperfecta, me puse a trabajar en ella.

No sé si existe «la mejor manera» de componer una letra. Supongo que no. Lo que yo hice fue segmentar la canción en «partes musicales». Para cada una de esas partes, busqué una letra que conectara —sin apelar a la fuerza bruta— con los tiempos de la música. También busqué que las diferentes partes tuvieran un hilo conductor. Y, por último, busqué evitar las repeticiones. Me decepciona demasiado cuando una letra abusa de la fuerza,

la desconexión y/o la repetición. En resumen, elegí —en verdad, no elegí nada, tan solo me aferré a— una estrategia bastante ingenieril, acorde con el tema y con mi formación. Existe la posibilidad de que Junnissi hubiera estado orgulloso.

En cuanto al contenido, desde el primer momento tuve claro sobre el tema de la letra. Era una nueva oportunidad de abordar mi mayor —y tal vez mi único— miedo: vivir una vida equivocada; y peor todavía: darme cuenta de ello cuando ya sea demasiado tarde. Tengo la convicción de que la batalla para evitar este triste final se da todos los días. Y que un capítulo fundamental de ese conflicto aparece cuando nos obligamos a elegir entre una ocupación redituable —«una vida normal»— y una vocación que no lo es. Digo «nos obligamos» porque no creo que esa disyuntiva sea verdadera. Ocupación y vocación no tienen por qué ser excluyentes; pueden ser la misma o complementarias. Más allá de estas reflexiones, lo concreto es que sentí que la figura del ingeniero permitía representar muy bien ese conflicto: una persona (matemáticamente) capaz, formada, con posibilidades laborales, racional, práctica, resolutiva, que al mismo tiempo, quizás arrastrado por esas cualidades en principio ventajosas, deja de lado sus vocaciones, sus pasiones y hasta sus sentimientos.

Ernesto Sabato —físico devenido escritor— comprende y desarrolla de manera obsesiva este conflicto a lo largo de su obra. Pero además lo generaliza: la humanidad, obsesionada con la idea de «progreso», se deshumaniza cada vez más.

Mi hermana María Mercedes, admiradora de Sabato, también es escritora. En directa relación con lo anterior, su literatura suele plantear el conflicto entre lo que somos y lo que los demás esperan de nosotros. Por ejemplo, dice un fragmento de su poema *Viento*:

*«Cuando no te animes
a soltar la soga y agarrar el viento,
a derribar paredes y construir de nuevo,
no te olvides
que fuiste libre y podés volver a serlo,
desaprender y aprender de nuevo,
desafiar y aprender el credo,
quebrar la piedra y renacer entero.*

*No te olvides,
que hay un único riesgo:
es morirse extraño
por haber vivido ajeno.»*

Fue mi hermana quien me compartió un potente fragmento de Antoine de Saint-Exupery que también encuentro relevante. Me gustaría compartirlo con ustedes para seguir adentrándonos en la esencia de la cuestión:

«Viejo burócrata, camarada aquí presente, nadie te ha permitido evadirte y de ello no eres responsable. Has construido tu paz a fuerza de bloquear con cemento, como lo hacen las termitas, todas las salidas hacia la luz. Has rodado como una bola en tu seguridad burguesa; en tus rutinas, en los mitos asfixiantes de tu vida provinciana, has alzado esa humilde muralla contra los vientos y las mareas y las estrellas. No quieres inquietarte con los graves problemas, bastante trabajo has tenido con olvidar tu condición de hombre. No eres el habitante de un planeta errante. No planteas preguntas sin respuesta, eres un pequeño burgués de Toulouse. Nadie te ha sacudido por los hombros cuando aún era tiempo. Ahora la arcilla con la cual estás hecho se ha secado y endurecido y nada en ti podría, en adelante, despertar al músico, o al poeta, o al astrónomo que quizá te habitaban al principio.»

Para escribir la letra de *El ingeniero*, no solo escuché la música de Di Sarli treintenas de veces, sino que también leí estos fragmentos otras tantas.

Teniendo la letra ya escrita, la compartí con María Mercedes Guerrero, Mariano Zubillaga, Ariel Altieri y Diego Benbassat. Todos me aportaron sus opiniones. Se los agradecí en ese momento y aprovecho este escrito para hacerlo de nuevo.

Tal vez muchos se pregunten, como lo hacen con el resto de los relatos, cuánto de mí hay en ese ingeniero desdichado; dicho de un modo más directo, si el ingeniero de la letra soy yo. La respuesta es: bastante. Ese pobre ingeniero no soy yo, pero es el que no quiero ser.

#RebeliónF

«La revolución será tuiteada.»

Frase icónica de la Revolución Egipcia de 2011

«No soy yo el revolucionario, ni mis ideas, sino los agotados de ser tratados con injusticia.»

Dr. Joan Frat

Han pasado ya dos años desde la puesta en marcha de la primera rebelión de los contribuyentes contra el Estado. Los detalles sobre cómo se concibió ese levantamiento fueron descritos en la historia *La rebelión de los contribuyentes*. Dice la historia, por ejemplo:

«La revolución implícita propuesta podía ser llamada anarquista. Pero también, sin ir tan lejos, libertaria o liberal.»

El fundamento de la rebelión era el sistemático empobrecimiento general de la población, producto de la recurrente estafa del Estado a sus propios ciudadanos, expresada de mil formas diferentes: corrupción, devaluación, inflación, endeudamiento, asfixia fiscal, confiscación, expropiación, etc.:

«Ese Estado gigantesco, inestable e irresponsable, adicto al gasto y a la mala administración, explicaba la fabulosa decadencia nacional, próxima a cumplir cien años. El país constituía uno de los pocos casos de la historia reciente, sino el único, donde el más avanzado desarrollo (que había atraído millones de inmigrantes) había involucionado hasta un sólido y cristalizado subdesarrollo.»

El camino elegido para enfrentar a ese monstruo voraz era la rebelión fiscal, es decir, el no-pago coordinado y masivo de impuestos. ¿Cómo? Mediante el desarrollo de una plataforma en línea, colaborativa, que

permitiera a los ciudadanos organizarse para lograrlo. Una verdadera revolución del siglo XXI.

No hay que tener miedo de decir que la Primera Rebelión fue un fracaso. Después de todo, ¿cuántas veces fracasó la revolución egipcia, durante treinta años, antes de sacarse de encima al dictador Hosni Mubarak (#egypt #jan25)? ¿Cuántas décadas tuvieron que esperar los ucranianos para deshacerse de los gobiernos prorosos que los mantenían alejados de Europa (#євромайдан #euromaidan)? ¿Cuántas batallas perdieron los hongkoneses desde 2014, y siguen perdiendo, en el afán de conservar sus libertades civiles de la creciente presión de China (#UmbrellaRevolution #FightForHongKong #HongKongProtest)?

La Primera Rebelión fracasó porque todos los riesgos que se habían previsto se hicieron realidad. Y porque los rebeldes no supieron cómo manejarlos.

Desde lo técnico, la plataforma en línea fue más que atacada: fue bombardeada sin descanso. No solo por las agencias del Estado, sino también por sus socios privados con capacidad técnica, entidades estado-dependientes que también se beneficiaban del orden existente. Además, fue posible inferir el esperable apoyo de Estados vecinos, cuyos gobiernos no deseaban revoluciones exitosas de este tipo en territorios vecinos, más allá de que vivieran repitiendo la palabra «revolución» en sus propios discursos.

En el plano legal, el Estado tampoco dio descanso. Las caras visibles de la rebelión fueron perseguidas y acusadas de «evasión», «apología del delito», «sedición» o «traición a la patria». Dado el buen trabajo realizado por el equipo legal de los rebeldes, nadie terminó tras las rejas más allá de unos pocos días, pero el costo en tiempo y energía fue enorme, mucho más de lo previsto.

La persecución judicial fue acompañada por el asedio mediático de pseudoperiodistas, artistas y otras figuras públicas adictas a la financiación del Estado, un clásico de las estrategias estatales de propaganda. Personajes famosos aparecían todas las semanas en los medios de comunicación para defender la protección paternal del Estado. Quizás fuera solo casualidad que esos mismos personajes fueran luego contratados para producciones, festivales o presentaciones públicas financiadas por el Estado.

Dado ese duro contexto, el debate público también resultó agotador. Pero este contrapunto dialéctico se emprendió con infatigable convicción,

ya que desde el comienzo había sido considerado el campo fundamental del conflicto. Además, los rebeldes consideraban tener la verdad de su lado y, por lo tanto, también a las palabras de Escotado: «La verdad se impone sola, solo las mentiras necesitan de la subvención del gobierno».

El debate público amañado, tironeado por intereses espurios, llevó a la indeseable partidización política de la discusión. Los partidos más estatistas, comenzando por aquellos que estaban en el Gobierno, eligieron ver a los rebeldes como un simple partido opositor sediento de tomar el poder. «Cree el ladrón que todos son de su condición». Al mismo tiempo, la Oposición buscaba utilizar a los rebeldes de una u otra manera para sacar provecho propio.

La financiación colectiva (*crowdfunding*) de la Primera Rebelión tampoco había funcionado del todo bien. Los llamados a financiar un proyecto nuevo, conducido por desconocidos y cargado de consignas casi revolucionarias, no eran precisamente irresistibles para las grandes mayorías. Como suele ocurrir con las resistencias nacientes, el núcleo de rebeldes había tenido que financiar la mayor parte de la rebelión con su propio dinero. Muchos de ellos habían terminado en la quiebra, especialmente aquellos que se habían quedado sin empleo debido a su involucramiento con los rebeldes.

Por último, quizás lo más importante, la Primera Rebelión no había logrado convencer a una masa crítica de rebeldes activos. Los rebeldes habían estimado la necesidad de sumar, por lo menos, a un diez por ciento de los contribuyentes para causar efectos serios en el Estado. Sin embargo, en el punto más alto de la convocatoria solo habían logrado convocar solo al uno por ciento, un número importante pero insuficiente. Este era el aspecto más crítico a revisar y corregir.

Hasta aquí, todos los riesgos previstos. Lo grave es que también hubo imprevistos.

Si bien en retrospectiva parece un riesgo evidente, en los hechos se subestimó la facilidad con que los usuarios comenzarían a utilizar la nueva plataforma. El proceso de adopción de la misma (*curva de aprendizaje*) fue sumamente costoso, sobre todo entre el público más adulto. Ese alto costo fue agravado por las recurrentes caídas de la plataforma debidas a los ataques, por el nivel de incerteza que implicaba la rebelión y por el estado anímico de resignación que reinaba entre los contribuyentes. El núcleo de

los rebeldes fue incapaz de transformar ese desencanto en entusiasmo. No pudo conseguir que, perdidos por perdidos, los contribuyentes se convencieran de que valía la pena tomar este riesgo.

Entreviendo los riesgos que podían avecinarse, el Estado impulsó reformas sobre el cobro de impuestos, de modo que la cobranza no dependiera de la voluntad de los contribuyentes (percepciones automáticas, integración al pago de servicios esenciales, etc.). Gracias a la agilidad del frente legal de los rebeldes (acompañado por el oportunismo de la Oposición), estos primeros movimientos fueron bloqueados. Sin embargo, en el largo plazo el Estado sin dudas seguiría avanzando en esa dirección. La Oposición haría lo contrario cuando fuera Gobierno y su financiación dependiera de ello. Los rebeldes aceptaban las consecuencias legales de no pagar los impuestos, pero de ningún modo iban a aceptar que su libertad de pagar o no fuera condicionada. Podían tolerar que los impuestos fueran legalmente obligatorios, pero de ningún modo iban a consentir que se les quitara el dinero a la fuerza o por adelantado. Tanto era lo que aceptaban que se ahorraban muchas preguntas. ¿Eran realmente necesarios los impuestos? ¿Debían realmente ser obligatorios? ¿Por qué el resto de las cosas no lo eran? ¿Qué otras cosas necesarias hacíamos por obligación? ¿Necesita un bien, o una conveniencia, forzar su propia financiación? ¿Encubría esa obligatoriedad, aunque solo fuera parcialmente, una mentira, una estafa, un robo?

La persecución del núcleo de los rebeldes no fue la única. Menos considerada inicialmente, el asedio a los miles de contribuyentes que se habían sumado al no-pago de impuestos también fue decidido, tanto en el plano legal como mediático. Además de una justicia repentinamente ágil, los rebeldes sufrieron el hostigamiento público. Sus nombres fueron publicados y muchos de ellos fueron escrachados en la vía pública. Con ello se logró el buscado efecto de desalentar a los posibles nuevos participantes. Había que decirlo: más allá del acoso cierto, la mayoría de los contribuyentes eran culturalmente débiles, individualmente dóciles y educadamente correctos. Así los había moldeado el Estado, justamente, para poder abusarse de ellos.

Desde una concepción más general, podría agregarse que la Primera Rebelión tuvo serios problemas para dejar el mundo virtual del debate público y echar raíces en el más duro terreno del no-pago de impuestos.

Tampoco pudo hacer pie en el espacio público. En términos más mundanos, muchos críticos señalaron que «le faltó calle».

Por si no fuera suficiente, la Primera Rebelión padeció el fallecimiento del Doctor Joan Frat, ideólogo de la rebelión y algo así como su padre espiritual. El cáncer fue repentino y fulminante. Con el camino pavimentado en dirección a la derrota, esa pérdida fue un golpe anímico adicional para el núcleo de los rebeldes.

La muerte del Dr. Frat dejó en el centro de la escena a su discípula y líder operativa de la Primera Rebelión, Jasmina Liber. Si bien Jasmina había recibido muchas críticas por los malos resultados que ya se dejaban ver, el Dr. Frat le había prestado un último servicio a ella y a la rebelión. Antes de morir, se había declarado públicamente responsable del fracaso y había renovado su confianza en Jasmina para liderar la próxima etapa.

Así es, habría una próxima etapa. Esto no era difícil de prever para quienes conocían a Jasmina, una verdadera pulsión estelar en el sentido más astronómico, combustible e inagotable del término:

«Su mirada penetrante dejó entrever la determinación brutal de un volcán desatado, las llamas devastadoras de una voluntad incendiaria y sin retorno, la avalancha incontenible de un fuego dispuesto a arrasarlo todo.»

Transformar el fracaso de la Primera Rebelión en experiencia útil para la nueva etapa se impuso como primer paso imprescindible. Los errores debían ser asumidos y corregidos. No solo para evitar otro fracaso, sino también para renovar la confianza del equipo y los contribuyentes. Con el liderazgo de Jasmina, se diferenciaron con criterio médico tres aspectos fundamentales del proceso que había culminado en la derrota: el diagnóstico general, el tratamiento conceptual y el tratamiento concreto.

El diagnóstico original fue reafirmado como correcto:

«Los contribuyentes estaban siendo explotados y, hasta ese momento, no podían hacer nada al respecto.»

El tratamiento conceptual, también:

«Haciendo uso de las nuevas tecnologías, los contribuyentes debían ser capaces de organizarse para enfrentar los abusos del Estado, expresados por lo menos en su sistema impositivo. [...] Actuar significaba una sola cosa: no pagar los impuestos. Pero no de manera individual y aislada, sino coordinada, de a miles. ¿Podría el Estado ignorar a cientos de miles de contribuyentes actuando de este modo? ¿Podría enfrentarlos y torcerles el brazo? ¿No eran, acaso, una parte demasiado grande de sí mismo?»

Fue el tratamiento concreto el que se definió como equivocado:

«El desarrollo de una plataforma en línea, colaborativa, donde los contribuyentes pudieran expresar su disidencia, organizarse y, sobre todo, actuar en consecuencia.»

El desarrollo de la plataforma se había hecho realidad pero en la práctica, por las razones ya explicadas, había fracasado. Era necesario idear una nueva solución técnica para el mismo tratamiento conceptual.

Luego de semanas de debate reflexivo, donde se dejaron sedimentar experiencias, la discusión condujo a los detalles del nuevo tratamiento concreto: la #RebeliónF.

El tratamiento conceptual era el mismo: los contribuyentes debían ser capaces de organizarse para 1) peticionar por una baja de impuestos, 2) dejar de pagar impuestos masivamente como forma de exigirlo y 3) sostener la medida hasta que el Estado diera una respuesta positiva. Sin embargo, esto debía lograrse de un modo que evitara los problemas — al menos, los más importantes — que habían conducido a la derrota de la Primera Rebelión. Es decir, las herramientas para lograrlo debían cambiar.

El primer elemento de la #RebeliónF consistía en abandonar la idea de una plataforma propia y, en cambio, utilizar una plataforma ya existente. Debía ser una plataforma de las más populares y debía permitir desplegar la estrategia de resistencia de la mejor manera posible. La plataforma elegida no era definitiva, como no lo era ninguna tecnología, y en el futuro podría ampliarse o cambiar. En base a esos criterios, la Plataforma T fue la elegida. Se trataba de la mayor plataforma mundial de microblogging: permitía publicar pequeños mensajes, compartibles, que hacían uso intensivo de

hashtags (etiquetas categorizadoras identificadas con un # inicial). #RebeliónF era, ante todo, un *hashtag*.

La elección de una plataforma existente, externa y popular solucionaba varios de los problemas que habían condenado a la Primera Rebelión.

En primer lugar, evitaba el gravísimo problema de los ataques a la plataforma. Las grandes plataformas como la Plataforma T, mundiales y con cientos de millones de usuarios, ya estaban preparadas para resistirlos. Ni el Estado en cuestión, ni sus Estados vecinos, ni todos juntos, estaban en condiciones de voltear a la Plataforma T.

Directamente relacionado a lo anterior, los costos en dinero, tiempo y energía de mantenimiento caerían dramáticamente. El núcleo de los rebeldes podría volcar sus recursos a otro tipo de esfuerzos, por ejemplo a sostener el debate en la opinión pública.

Por último, se evitaban también los problemas de adopción de una nueva tecnología, dado que muchísimos contribuyentes ya conocían la Plataforma T, tenían usuarios en la misma y la utilizaban con regularidad. De hecho, una buena parte de ellos eran los principales usuarios de la Plataforma T.

¿Cómo se utilizaría la Plataforma T? De una forma muy simple.

A los mensajes rebeldes publicados en la plataforma se les añadiría el hashtag #RebeliónF. Este sería el identificador principal de la nueva etapa, tanto en la Plataforma T, como en el resto de las redes y en el mundo offline.

Un segundo hashtag sintetizaría la demanda de los contribuyentes. Una demanda típica podía consistir en la eliminación de un impuesto específico (#Impuesto1) o en la eliminación del débito automático de impuestos integrado a procesos fuera del control del contribuyente (#ImpuestosBajoControl), por ejemplo los debitados del pago de salarios o servicios esenciales.

De hecho, podía ocurrir que el impuesto que se demandaba eliminar estuviera fuera del control de los contribuyentes, por lo que un tercer hashtag podía ser el nombre del impuesto que no iba a pagarse (#Impuesto2) hasta que se cumpliera la demanda principal.

Entonces, un mensaje en la Plataforma T podía ser el siguiente: «Me sumo educada y pacíficamente al pedido de eliminar el #Impuesto1.

Resistencia en el #Impuesto2. #RebeliónF». El no-pago del impuesto 2 como forma de acción directa estaría implícito en el mensaje. Otro mensaje podía ser el siguiente: «El #Impuesto3 es injusto y dañino. Todavía lo estamos pagando, a pesar de que hace veinte años se creó de manera excepcional y temporaria. #RebeliónF».

Por supuesto, esa propuesta de funcionamiento era tan solo una primera aproximación. Mayor originalidad y sofisticación quedarían en manos de los usuarios. Cada *hashtag* representaba, por lo menos, una propuesta o una declaración. Los usuarios estaban invitados a apoyarlas o a exteriorizar las suyas. La dinámica de funcionamiento iría mutando de acuerdo a las necesidades que impusieran los acontecimientos.

Este nuevo tratamiento concreto resignaba control y precisión si uno lo comparaba con el tratamiento original, basado en la plataforma colaborativa propia, diseñada a medida de las necesidades de los rebeldes. Sin embargo, estos aspectos podían amortiguarse e incluso ser transformados en beneficios.

En relación al control, por ejemplo, era cierto que no se podía diseñar la herramienta a medida, ni guiar a la comunidad de usuarios en su utilización. Pero al mismo tiempo, además de los menores costos de mantenimiento, este diseño flexible basado en la Plataforma T permitía la evolución autónoma de la solución, gracias al empoderamiento de los usuarios.

En cuanto a la precisión, el uso de la Plataforma T no permitía saber con exactitud cuál era el estado de situación, ya que no se contaba con el control de la plataforma ni de sus estadísticas. Sin embargo, esta oscuridad analítica podía ser solucionada en buena medida. Para lograrlo, se desarrollaría el Sistema de Reportes, una herramienta accesoria que se alimentaría de los datos provistos por la Plataforma T a través de sus servicios de interfaz. Por si resultara necesario aclararlo, el Sistema de Reportes sería muchísimo menos costoso y crítico que la plataforma colaborativa original. Por las mismas razones que en el caso de la Plataforma T, este sistema también se montaría sobre una plataforma externa ya existente, la Plataforma G. El Sistema de Reportes reflejaría con el mayor detalle posible el estado de la #RebeliónF: nivel de participación, evolución a lo largo del tiempo, nuevas propuestas con mayor crecimiento, etc. Además, de manera integrada, mostraría también la información oficial

sobre la recaudación de impuestos. Esto permitiría tener una idea sobre el impacto real de la rebelión.

La #RebeliónF no era, ni debía ser, un movimiento virtual y abstracto (esta era una de las grandes críticas que se le hacía al llamado *hashtag activism*). Por el contrario, debía ser un movimiento muy concreto: el pilar fundamental de la rebelión era el no-pago de impuestos en el mundo real. De lograr su cometido, las consecuencias serían revolucionarias. Mucho más que tomar una plaza o un edificio público, o decenas de ellos.

Para aquellos que pedían una mayor calle, el hashtag #RebeliónF representaba una excelente herramienta de promoción callejera. Los rebeldes estamparían (escribirían, pintarían, dibujarían, imprimirían, pegarían, etc.) el hashtag #RebeliónF en los innumerables lienzos ofrecidos por el espacio público, siempre teniendo cuidado de no dañarlo. Después de todo, la #RebeliónF era un llamado a defender lo público, ya fueran fondos, espacios o futuro. Pero además, la inteligencia gestual era una herramienta fundamental para ganar el debate público. Por eso, las superficies recomendadas para la estampa del hashtag #RebeliónF eran los grandes rostros de los políticos que inundaban la cartelera pública.

Uno de los grandes problemas de la Primera Rebelión había sido el temor de los contribuyentes a sufrir las represalias del Estado. Era la historia misma de la humanidad: todo aquel que levantaba la cabeza corría el riesgo de que se la cortaran. Era lo mismo que ocurría con cualquier tipo de manifestación pública, incluidas las tradicionales marchas callejeras. La solución también era la misma: convencer a los ciudadanos de que las consecuencias de no movilizarse serían peores.

Jasmina asumió un papel fundamental en ese aspecto y se puso al frente desde la primera línea, como los grandes generales de la historia. Habló fuerte y claro, en todo lugar y ante todos. Remarcó el elemental principio de que cuantos más fueran los rebeldes menor sería el riesgo, menor el esfuerzo y más rápidos los resultados. Explicó que cualquier tipo de manifestación pública utilizando el hashtag #RebeliónF no constituía ningún tipo de delito, sino que era parte del más elemental derecho a la libertad de expresión. Y si ese derecho llegara a ser vulnerado, entonces la rebelión crecería todavía más rápido. El no-pago de impuestos, además, no tenía por qué ser abierto, lineal y público. Los contribuyentes temerosos podían sumarse ralentizando el pago de impuestos todo lo posible, sin llegar

a entrar en conflictos legales con el Estado: pagar irregularmente, posponer, entrar en moratorias interminables, etc. En una palabra: estirar lo más posible los pagos, hasta que algún gobierno decidiera escuchar el reclamo. En ese momento, los contribuyentes tendrían la oportunidad de regresar a un pago puntual y regular. Aun así, era evidente que si un millón de contribuyentes llegaban a entrar en conflicto legal con el Estado, el problema no sería de ellos, sino del Estado. Y este último no tendría más remedio que ceder.

Como siempre, el comienzo resultaba ser la parte menos fácil. Sin dudas, no era difícil sumarse a una manifestación que ya tenía a cientos de miles participando, tanto en el mundo real como en el virtual. El verdadero desafío era poner en marcha a los primeros de esos cientos de miles. A muchas revoluciones les había tomado años madurar. Era necesario comenzar sin esperar resultados inmediatos. El esfuerzo debía sostenerse hasta que la chispa disparadora de hogueras apareciera, pero cuando esto ocurriese la hoguera tenía que estar lista para arder.

La historia se las ingenia siempre para ayudar a los determinados. Quizás los contribuyentes no tenían que decidir sumarse todos juntos al no-pago de impuestos, sino encontrarse de repente en esa situación por causas ajenas a su propia voluntad. Por ejemplo, debido a las consecuencias de la próxima gran crisis económica que, sin dudas, volvería a llegar mientras la sistémica enfermedad estatal continuara instalada en la sociedad. O debido quizás a una crisis económica generada por alguna clase de evento externo, inesperado y fortuito.

Por fin, el fin

Cómo contactarme

Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.

jmguerrera.com.ar

Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.

jmguerrera.medium.com

Email. Para escribirme y contarme qué te pareció el libro.

jmguerrera@gmail.com

WhatsApp.

[+54 9 11 2283 9356](tel:+5491122839356)

En general, los lectores hacen caso omiso de lo anterior y me agregan en redes sociales. A veces, los acepto.

Podés ayudarme mucho si

Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.

Contribuís a financiar mis libros con una contribución económica (ver página 1).

Repartís algunos de mis libros (puedo darte un pilón) entre tus amigos lectores.

Hacés circular este libro.

Compartís en redes sociales

Tus cuentos favoritos. Los encontrarás publicados en mi blog, ¡googlealos!

Una foto del libro.

Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.

Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.

Me ayudás a traducir los relatos a tu idioma, sea cual sea.

Me enviás este libro al pasado. Me ahorrarás muchísimo trabajo.

Otros libros de mi autoría

«Punto Rosalía».

«Una aventura miserable».

«Esto no va a ser fácil».

«Sucesión de despertares en una ciudad desconocida».

«La maldad imperceptible». Selección.
Libro en desarrollo, se publicará a fin de 2021.
Repito: pueden descargarse gratis en mi Web.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la
sombra.»*

Rabindranath Tagore

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog «Última estación: fideos con queso» y sus libros de cuentos, disponibles en las librerías de Mar Azul.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A mis amigos Oto, Gaby y Noe, por su ayuda en todos los frentes de este libro.

A Pedro, Beatriz, Diego y Verónica, quienes me ayudaron a revisar los textos de esta edición.

A Caro, Lisa, Olga y Jakun, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés, alemán, ruso y coreano. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A María, por su ayuda desinteresada desde su estratégica posición en la librería.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su poco serio asesoramiento y su vino de gran calidad. A Ceci, también.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro. A quienes todavía no lo hicieron, pero que muy pronto lo harán.

Breve biografía

«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; ya que toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos».

Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2020, publiqué seis libros (cinco originales y una selección).

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio

Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano, en las que trabajo hasta el día de hoy: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes, principalmente en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Licencia de Cultura Libre

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante Noviembre de 2020. 2000 ejemplares. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.